

Rey por un día; En busca de la muerte (relatos)

King for a day; In search of Death (short stories)

IGINIO UGO TARCHETTI
(San Salvatore Monferrato, 1839 - Milán, 1869)

RESUMEN: Los dos relatos, *In cerca di morte* y *Re per Ventiquattr'ore* fueron publicados en Milán con el título conjunto de *Racconti umoristici* por la editorial E. Treves e C. Editori en 1869. Traducción al español de Juan Pérez Andrés.

Palabras clave: Iginio Ugo Tarchetti; Rey por un día; En busca de la muerte; Scapigliatura

Abstract: Both short stories, In cerca di morte and Re per Ventiquattr'ore, were published in Milan under the title of Racconti umoristici (E. Treves & C. Editori, 1869). Spanish translation by Juan Pérez Andrés.

Keywords: Iginio Ugo Tarchetti; King for a day; In search of Death; Scapigliatura

De familia adinerada, Iginio Ugo Tarchetti (San Salvatore Monferrato, 1839 - Milán, 1869) comenzó la carrera militar participando, en 1861, en la represión del bandidaje en el sur de Italia. En 1865 publica en la *Rivista minima* las *Idee minime sul romanzo* y, apenas unos días después de la publicación de *Paolina* en esa misma revista y de vuelta al servicio en Parma, inicia una relación “escandalosa” con la mujer de su superior, cuyas huellas quedan en la epiléptica protagonista de la novela *Fosca* (publicada en la revista *Pugnolo* a lo largo de 1869 y concluida tras la muerte del autor por Salvatore Farina). Su estancia en el ejército, sin embargo, dura poco, pues ese mismo año de 1865 dimite tanto por motivos de salud como por el disgusto que sentía por la vida castrense, ambiente que plasmará en *Una nobile follia* (1867, publicada en entregas en *Il Sole*), en la que se considera loco a un oficial tras un descarado y radical rechazo a la vida militar. Tras abandonar el ejército, regresa a Milán, donde junto a los amigos de *Rivista minima* inicia una vida desordenada y turbulenta, pero también literalmente fecundísima, frecuentando los más importantes salones burgueses, como el de la condesa Maffei, y las redacciones de periódicos radicales como el *Gazzettino rosa*. Pese a su temprana muerte con apenas treinta años a consecuencia de la tuberculosis, la producción de Tarchetti figura como una de las más recordadas y reeditadas de toda la Scapigliatura, siendo especialmente reconocidos sus relatos breves, caracterizados por una mezcla particular de géneros donde abunda siempre el detalle grotesco, el delirio, la enfermedad mental y la fijación patológica.

Iginio Ugo Tarchetti, *Rey por un día. Historia de veinticuatro horas de mi vida*

¿Por qué la historia de un día?

Y me dirán: «Si piensa que los sucesos de su biografía pueden ser objeto de una historia curiosa y entretenida, ¿por qué no cuenta la historia entera de su vida?».

Ya me imaginaba, al escribir estas primeras líneas, que algún lector me dirigiría una pregunta como esta.

Debo explicarme.

Antes que nada, diré que si la vida se midiera con los años antes que con las pasiones, he de reconocer que yo no he dado hasta ahora más que unos pocos pasos en ella. Que sepan mis lectoras –en concreto es a ellas a quienes dirijo estas observaciones– que no tengo más de veintisiete años y que estoy totalmente lleno de vigor y salud. Aparte de esto, mi vida hasta ahora ha transcurrido de forma siempre igual, siempre modesta y anodina; ha sido una vida como todas las demás, una lucha del deseo contra la impotencia, de las aspiraciones contra la nada, de los ideales contra la cruda realidad. En medio de todo ello, apenas algún punto negro y algún rayo de sol, algunas virtudes, algunos vicios, algunas culpas, muchos afectos, muchas lágrimas y muchas desilusiones... así es la historia resumida de mi existencia.

Aun así, en este pobre drama que es mi vida, hubo un día tan memorable, tan repleto de extraños e inesperados sucesos, tan lleno de inmensos placeres como de inmensos dolores que, dado que soy escritor y me he propuesto despertar en el alma de los demás un eco de las

sensaciones de mi propia alma, me parecería que no estoy en paz conmigo mismo si privase a la humanidad de la narración de unos sucesos tan maravillosos.

Siento de todos modos en mi corazón una voz que me dice: no te creerán, te dirán que mientes... No, mis lectores, no me podréis desmentir: os expondré mi caso con toda la consciente veracidad de un historiador, no exageraré en lo más mínimo la importancia de mis aventuras y, si estas os parecen desde un primer momento un poco extrañas o imposibles, intentad al menos juzgar su veracidad solo cuando hayáis leído completamente mi relato.

*

La gran isla de Potikoros está en el océano equinoccial, a treinta grados de latitud y no muy lejos del pequeño Archipiélago de los Navegantes.

Es uno de esos rincones maravillosos de la tierra, tan maravilloso que si se reunieran y dispusieran en un solo lugar gracias a la sabia mano del Creador todas las fabulosas delicias del Edén, los paisajes encantados del Bósforo, las estupendas orillas del Rin, la exuberante vegetación de Asia, las miles de maravillas que la naturaleza disemina aquí y allá por toda la vasta superficie del globo, ofrecerían tan solo una idea bastante vaga de la belleza de aquel pequeño paraíso desconocido que es la isla de Potikoros.

Pues bien, la memorable mañana del veintisiete de abril de mil ochocientos sesenta y dos, yo llegué a aquella isla; su trono estaba vacante y yo era el único heredero.

Me permito una aclaración.

Veinte años antes de esto que os estoy contando, mi padre, un honesto comerciante de algodón, naufragó en las costas de Tahití cuando iba de camino a Caledonia. Subidos a una balsa hecha con trozos de madera, él y otros doce compañeros lograron salvarse y llegar a Potikoros. Eran los primeros europeos que ponían los pies en aquella isla: los indígenas eran en parte salvajes, aunque humanizados, ya que la civilización americana había adocenado en cierto modo sus propias costumbres y un tratado comercial con la pequeña república de Tonga los había educado según ciertos usos de la vida social, habituándolos a las artes y costumbres del resto de las naciones. Pese a ello, y al mismo tiempo, un cierto sentimiento instintivo en el hombre les impedía abandonar algunos prejuicios y algunas extrañas exigencias que los nativos imponían en su atuendo: la peor era que estos solían llevar un hueso blanco de ballena atravesando de lado a lado sus narices.

Así es que, cuando mi padre, junto a sus doce compañeros de naufragio, les pidió hospitalidad y que les permitieran seguir con vida, los potikoreses, aunque aceptaron su petición, les presentaron a cada uno de ellos uno de esos ornamentos para que, poniéndoselos, dieran así su primera muestra de sumisión.

Vanidosos y temerosos al mismo tiempo, los otros europeos dudaron, vacilaron y se negaron a hacerlo... lo que provocó que los indígenas acabaran ensartándolos con sus flechas. Aunque no fue así con mi padre, hombre de espíritu fuerte, quien blandió en el aire su hueso de ballena y, gritando «¡Viva la isla de Potikoros!», se lo colocó heroicamente en la nariz. Las tribus indígenas, maravilladas ante tal acto, lo llevaron triunfalmente sobre sus arcos y lo eligieron Presidente de la República. Un año después mi padre daba un golpe de estado y se aseguraba legar una corona a su descendencia. Esa corona le había costado perder la nariz, pero también es verdad que no todos los reyes conquistan su trono a un precio tan bajo.

Yo estaba un día escribiendo una disertación sobre la influencia de la deuda en el equilibrio social cuando se me comunicó que una delegación de embajadores potikoreses venía a anunciarme la muerte de mi padre y mi derecho a la sucesión en el trono de Potikoros.

Todos los que, como el mismo autor de esta historia, fueron algún día condenados a ejercer el oficio de escritores –pésimo oficio... y quiera el cielo que sea de unos pocos, por el bien de la humanidad– podrán imaginar mi alegría febril, mortal, y la desatada turbación de mi espíritu. Yo, que tanto me había desesperado conmigo mismo, que había considerado como la gran meta posible de mi futuro ese estado de imbecilidad mental y de consciencia capaz ella sola de traer fama y bienestar a los escritores en Italia... yo, que había luchado tanto tiempo contra ese instinto rebelde de dignidad que me había cerrado cualquier otra vía... ahora me encontraba con que era hijo de rey, rey yo mismo y heredero de un trono.

No podía dar crédito a tanta felicidad. Me costó asimilarlo. Aceleré mi partida, ¡di un último adiós a Electra!... (¡Pobre criatura!... Electra... la que tantas veces me había socorrido dándome pan y amor) y después de tres meses navegando, la mañana del veintisiete de abril de mil ochocientos sesenta y dos llegué finalmente a la isla de Potikoros.

Desde una distancia de varias millas, me pareció que la isla era como un gran ramo de flores emergiendo del agua; algunos islotes dispuestos aquí y allá, alrededor de mi reino, hacían que se pareciera a esas ninfas acuáticas gigantescas que encontramos meciéndose en las plácidas superficies de nuestros lagos. El cielo estaba alto, sereno, límpido, y se teñía curvándose en el horizonte con tonos de un deslumbrante color azafrán y cinabrio; el mar yacía calmo y majestuoso, y un céfiro perfumado encrespaba ligeramente la superficie como el hálito que empaña el velo de una virgen. Innumerables bandadas de liras y de aves del paraíso volaban por los puntos más luminosos del cielo, reflejando en sus colas plateadas los primeros rayos de sol. Algunas golondrinas marinas, posadas en las arboladuras de nuestra nave, festejaban el nuevo día con un trino vivaz y armonioso. No podría haber nada más encantador que aquella escena, ni nada más celestial que aquella música: ni siquiera un niño o una virgen podrían imaginar en sus sueños un edén tan delicioso. Tampoco podrían los poetas imaginar una arcadia tan pura y tan divina.

Por mucho que yo rememore ahora las impresiones de aquella mañana, de ningún modo me será posible ofrecer un cuadro que no sea imperfecto, tan lejano a la realidad; me temo que casi traicionaría mi descripción al intentar hacer tal cosa, en lugar de dejar, por el contrario, que sea el lector quien se lo imagine. Más difícil será, en todo caso, contar la inexplicable agitación que embargaba mi alma. ¿Quién podría describir las mil sensaciones suavísimas que bullían en mi pecho, los miles de halagos que asediaban mi vanidad, los mil proyectos, los mil sueños, todo lo que conllevó esa maravillosa transformación que supuso pasar de ser un pobre escritorillo a ser un rey opulento y poderoso?

¡Extraño prestigio el de una corona! ¡Extraño poder el de presuponer que hay virtudes sobrehumanas en las cabezas, con frecuencia insensatas, que ostentan una corona real! Muchas veces me ha venido el deseo de saber si entre los vivos del pueblo, en medio de las ovaciones de la multitud, en medio de los espectaculares arcos de triunfo y de las multitudes llegadas de muy lejos tan solo para alegrarse la vista del rey, algún rey ha llegado a sentir alguna vez que se despertaba en su corazón la consciencia de su propia nulidad, de si alguno llegó alguna vez a despreciar o a compadecer a su pueblo, y de si fue capaz de desdeñar aquella estúpida y vil admiración. Y sin embargo, yo mismo, que tantas veces me había enfadado por esta razón con el ser humano, no podía dejar de contemplar, sin experimentar un gran sentimiento de complacencia, el gran cordón de la orden de la Anunciación que en ese momento me colgaba del pecho y que, transfundiendo unas gotas de sangre real en mis venas plebeyas, me había convertido, en un instante, ¡en primo de Su Majestad!... ¡Primo de Su Majestad!... ¡Dios, qué

honor! Yo mismo era rey, y la perspectiva de ostentar una corona convertía la alegría de tener parentesco real en algo banal y sin importancia.

*

Pocos instantes antes de llegar llamé ante mí a mi primer ministro, que formaba también parte de la comisión potikoresa, para que me informara sobre la situación financiera, sobre el ejército, sobre las características de mi pueblo y sobre la constitución de mi estado.

–Respecto a la población que el cielo le ha destinado a gobernar –me dijo mi primer ministro deslizando entre el índice y el pulgar su hueso de ballena– esta no se divide más que en dos tribus numerosísimas, separadas la una de la otra por una marca concreta de la naturaleza; se trata de la tribu de los Dientes Blancos y la tribu de los Dientes Negros.

–¡Dientes negros! –dije yo–, pero... eso es horrible. Sus dientes no serán todos absolutamente negros...

–Todos –me respondió el ministro con esa digna impasibilidad que le confería el estar habituado a su cargo–. Y que no me permita el cielo decir esto con tal de exaltar la tribu a la que pertenezco y menospreciar con ello a la otra, la cual, todo hay que decirlo, ha dado valiosos súbditos a su padre –dijo haciéndome ver con cierto orgullo sus treinta y dos negrísimos dientes–. Con todo, los Dientes Negros son la mitad mejor de su estado.

–Y las mujeres –añadí– también ellas...

–Sí, también ellas... excepto las mujeres de vuestro harén, a las que la piadosa Serenidad de vuestro padre eligió exclusivamente de entre mujeres de la tribu de los Dientes Blancos.

He de confesar que esta última noticia del ministro me llenó el ánimo de un gozo extraordinario. ¡Ah! La idea de tener un harén embriagaba todos mis sentidos. Es ahí, me decía a mí mismo, donde me repondré de las preocupaciones de mi cargo, donde me resarciré sin freno de una juventud carente de placeres, donde me vengaré de la falsa virtud de nuestras mujeres europeas.

¡Un harén! Cien jóvenes que te adoran, las bellezas más deslumbrantes de Asia, las más lindas criaturas del mundo cayendo a mis pies con un solo gesto. Sí, me dije, intentaré resolver la cuestión de si Sardanápalo fue más grande que Alejandro y si el Sultán fue el más sabio y el de moral más elevada de entre todos los reyes de la tierra.

Desde el momento en que supe que poseía un harén, me abandoné totalmente a ese pensamiento e intenté recordar todas las historias extraordinarias y fabulosas que había leído sobre estos ritos de placer: la segura vigilancia de los eunucos, los abanicos de plumas de pavo real, los suaves vestidos orientales, las alfombras de terciopelo persas, los embriagadores perfumes de las Indias... todo lo que, en definitiva, estimula el goce y lo eleva a su máxima expresión.

El ministro, viéndome totalmente absorto en mis pensamientos, no osaba interrumpirme, y yo, temiendo que entendiese el motivo de mi silencio y que ello me hiciese perder un poco de mi dignidad real, me apresuré a preguntarle con cierta gravedad:

–¿Y el ejército? ¿Cuál es el reglamento del ejército?

–El ejército es, en sí mismo, el mejor que pueda haber –dijo el ministro un tanto afrentado por la pregunta–, aunque, ciertamente, la disparidad entre las tribus constituye un motivo incesante de disensiones entre la facción de los Dientes Blancos y la de los Dientes Negros. Con todo, Vuestra Majestad debe saber (y noté entonces cómo mi cuerpo empezaba a levitar un par de dedos por encima del suelo al oír que me llamaban Majestad) que hay dos ejércitos, así como hay dos tribus, y que la falta de otra nación en la isla con la que se pueda entrar en guerra hace que los dos ejércitos de vuestro estado estén llegando a las armas constantemente

los unos contra los otros. Es una pena que la ubicación geográfica de Potikoros haga tan difícil y tan improbable una guerra con nuestros vecinos del continente, algo que, de suceder, acrecentaría muchísimo el prestigio de la corona, al tiempo que disuadiría a vuestro pueblo del deseo de unas leyes más libres y más progresistas. Todo ello ayudaría no poco a consolidar el trono de Vuestra Majestad.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que a la población le gusta sentirse oprimida sabiendo vuestra fuerza, es decir, la fuerza del ejército, lo cual es todo uno, y ello casi tanto como verse distraída del deseo de mejoras internas por otros medios, como sucede cuando se comprometen los intereses y el destino común en tiempos de guerra.

–Pero entonces, sería necesario... las condiciones de la monarquía serían tales que...

–No afirmo eso –continuó diciendo mi ministro visiblemente turbado–, pero... pero ciertamente... la seguridad de la corona requiere mucha atención, muchas previsiones, tal y como Vuestra Majestad verá muy pronto. No le hablaré de algunos movimientos revolucionarios que vuestro padre tuvo que sofocar vertiendo gran cantidad de sangre, ni de que el vacío causado en el trono tras su muerte ha podido acrecentar sensiblemente... ciertas ideas republicanas que han ido metiéndose en muchas cabezas. Aunque esto es algo que sin duda no será demasiado difícil cortarlas de raíz.

–¿Las cabezas? –exclamé horrorizado.

–Según guste a Vuestra Majestad –respondió el primer ministro–, las cabezas... o las ideas junto a las cabezas.

Confieso que mi ánimo, aunque en ocasiones había sido violentado por la razón, no ha perdido nunca ni una pizca de esa imbécil mansedumbre de cordero con que lo dotó la naturaleza, así es que, por darle un poco de color a aquel discurso tan poco conforme a mis benignas inclinaciones, añadí:

–¿Y cuál es el uniforme del ejército?

–El más simple y, al mismo tiempo, el más económico: la desnudez. Vuestros súbditos no tienen en este sentido el mismo pudor que los habitantes del continente. Admiraré, sobre todo, el desarrollo de las caderas y del pecho de las mujeres, las cuales han incluso adoptado en gran parte la simplicidad primitiva de este hábito.

–En un país tan economizador –le dije–, las finanzas del estado y la economía familiar estarán, supongo, en unas estupendas condiciones.

–¡Pésimas! –respondió mi ministro con acento mortificado–. Aprovechando que durante mi viaje a Europa he deducido algunas medidas para remediar la ruina económica del estado, tengo pensado someter cuanto antes a su aprobación un proyecto para reducir el déficit en algunos miles de millones, algo que vuestros súbditos aceptarán con gran gratitud.

–¿A cuánto ascienden las rentas de mi padre?

–A una suma considerable: varios cientos de millones sin contar la asignación a cargo de la nación que le es pagada puntualmente por el banco del estado.

–¿Y esto no le parece una carga excesiva a mi pueblo?

–Vuestra Majestad acaba de iniciarse en el arte de gobernar: bastará visitar un establecimiento público, un hospital, una guardería, un instituto cualquiera, y asignarle de tanto en tanto algunos centenares de franco tomados de su propia cuenta privada para que se le considere el más generoso de todos los monarcas. Esto no hará disminuir en absoluto vuestras rentas: el tesoro de su padre es el más grande de todos los que hay en los reinos que nosotros conocemos.

–¿El más grande?

–Lo admirará dentro de poco: podrá ver en la sala de los lápices de colores un diamante del tamaño de un huevo de águila que es considerado, entre nosotros, como el más valioso de cuantos hay en la tierra.

Ante esta noticia no pude contener una sonrisa de complacencia que no pasó desapercibida a la penetrante mirada de mi digno ministro de negros dientes.

–¿Y cuáles son –pregunté– los principales deberes del rey, sus ocupaciones públicas?... Sabéis que yo no me eduqué en la Corte y que el gobierno de un reino me pilla, cuanto menos, de improviso.

Mi ministro sonrió al escuchar esta pregunta, la cual debió parecerle signo de una ingenuidad poco menos que pueril, y dijo:

–Las ocupaciones de Vuestra Majestad son prácticamente inexistentes: su consejo de ministros se encarga de la política interna, ya que la política exterior no crea problemas de gran importancia dada la relación amistosa que mantenemos con nuestras naciones vecinas. Vuestras atribuciones se reducen a la firma de decretos concebidos por el Consejo, a mostrarlos ante el pueblo en las ocasiones solemnes, a procrear príncipes de sangre azul para el estado, a recitar discursos circunstanciales escritos por vuestro secretario personal ante los presidentes de las diputaciones y, finalmente, a velar por el orden, la variedad y la buena marcha de vuestro harén. Todo esto es lo que constituye sus atribuciones exclusivas.

–Espero poder satisfacer –dije– todos estos mandatos, especialmente el último, con un celo tal que merezca granjearme la simpatía y la gratitud de mi pueblo.

Mi ministro se inclinó hasta casi tocar el suelo.

Puse fin a esta conversación en el preciso momento en que el barco real lanzaba el ancla en el puerto de Potikoros, la capital de esta isla de mismo nombre.

Subí entonces a la cubierta de la nave para admirar, de un solo vistazo, las maravillas naturales de mi reino, pero la visión de los preparativos que se estaban haciendo para mi solemne recibimiento desviaron la atención de este examen. Aún no me había mostrado a mis súbditos cuando fragorosas ovaciones estallaron en la orilla, totalmente abarrotada de gente, y centenares de barcas adornadas de telas de vivos colores y de preciosas plumas de marabú vinieron a rodear mi nave. No tuve más remedio que descender a una barca en la que se encontraban reunidos mis ministros y que, adornada con los símbolos reales, entendí que estaba destinada a mi propia persona. El emblema real (ya que el de la república había sido abolido por mi padre) consistía en una elipsis dividida en dos campos por un tronco de palmito; en uno de ellos estaba representado un brazo que blandía uno de esos huesos de ballenas que ya he mencionado anteriormente cuando he recordado el heroico acto que le había procurado el reino a mi padre; en el otro, había un mirlo negro que, según supe más tarde por boca de mi oficial de heráldica, había sido adoptado en honor a un pájaro de esta familia que el difunto rey, mi padre, había hecho traer de Europa y que había maravillado sobremanera a sus súbditos, ya que hasta entonces no había en toda la isla de Potikoros otra especie de mirlo que no fuese blanco como la leche.

No me pararé a hablar del embarazo que sentí al tener que responder a las numerosas preguntas que me hacían mis ministros y las delegaciones de diputados que habían venido de todas las ciudades de mi reino. Habían pensado, es cierto, poner en mi séquito algunos intérpretes, pero aun así la carga conceptual de sus preguntas me resultaba oscura, además del hecho de que me las formulaban de un modo tan singular que me las veía y deseaba cada vez que intentaba responder alguna. Apenas puse el pie en la barca, un prolongado grito del pue-

blo y del ejército saludó mi llegada. Al preguntarle a uno de mis intérpretes el significado de aquel grito, supe que quería decir «bienvenido sea nuestro rey, que ha llegado del país de los mirlos negros».

Me incliné respetuoso frente a la multitud congregada en las balsas y a lo largo de la playa y sentí incluso durante un segundo un fuerte impulso de arengar a la multitud y de ganarme su simpatía pronunciando un elogio a los mirlos blancos... pero la necesidad de tener que servirme de intérpretes, los cuales habrían ralentizado todo mi ardor oratorio, me persuadió de ello. Por otro lado, la multitud era tal, y tal la algarabía ensordecedora, que mi voz se hubiera perdido sin dar ningún tipo de resultado.

Según íbamos abriendo con dificultad un camino entre las barcazas y nos íbamos acercando a la orilla, el espectáculo se presentaba más imponente aun. El fragor se iba haciendo tan grande que mis pobres oídos se estaban quedando sordos. Literalmente. El grito de «¡Viva el rey que viene del país de los mirlos negros!» salía de todas y cada una de las bocas, y las damas potikoresas, especialmente, lo pronunciaban con una voz de soprano tal que hacía que se me erizaran todos y cada uno de los pelos de mi real cabeza.

Gracias a Dios, llegamos finalmente a la orilla, donde me paré un instante a observar los preparativos de mi coronación y a los dos ejércitos dispuestos en fila a lo largo de la playa. Llegados a este punto, no creo que sea capaz de contar la fuerte impresión que me causó ver mi ejército. Los Dientes Negros, por los que había pensado que sentiría un horror insuperable, tenían un aspecto tan dulce, tan manso y tan afectuoso, que enseguida me sentí atraído por ellos con una simpatía irresistible, mientras que los Dientes Blancos me parecieron de índole tan rebelde, tan ariscos y tan fieros, que casi me asustaron.

Aquellos dientes largos, incisivos, blancos, horriblemente blancos, descubiertos hasta la raíz tras unos labios un tanto levantados, afilados y curvos hacia la punta como los de los perros, casi como si parecieran hechos para aferrar, para morder, para lacerar la carne viva y palpitante, daban a sus rostros una apariencia horriblemente cruel. Los dientes negros, por el contrario, eran regordetes, pequeños, cuadrados, bien encastrados y cubiertos por las encías, y presuponían tipos y caracteres tan mansos que habría dado la mitad de la isla de Potikoros porque mi reino no estuviese poblado más que por gente de esa raza.

Más tarde, cuando volví a mi vida anterior, he llevado a cabo numerosos estudios sobre el color de los dientes y sobre la naturaleza de los caracteres asociados a ellos. No sé si Lavater o Gall han ampliado sus respectivos estudios hasta cubrir este aspecto, pero creo que no me he equivocado nunca con las relaciones que he acabado estableciendo y con las deducciones que he extraído en este sentido: no os fieis de las personas que tienen los dientes blancos y regulares, pero sobre todo blancos. Difícilmente una mujer dotada de dientes minúsculos, bien hechos, cándidos, con esa candidez deslumbrante que tanto suelen desear, es una mujer sabia y fiel. Las bellezas más despampanantes, las cortesanas más célebres, las mujeres más famosas por sus grandes vicios o por cometer grandes delitos, tuvieron todas ellas, os lo aseguro, este honor.

Los dientes negros o amarillentos, mal colocados, por el contrario, indican casi siempre mansedumbre de ánimo, sufrimiento, virtud, resignación. Una mujer con los dientes negros será repugnante, pero nunca mala: uno puede estar seguro de la virtud de una mujer que tenga este tipo de dientes.

Aunque, tal vez, lo que me ha llevado a esta convicción y a esta afirmación tan rotunda sea el hecho de que perdí un reino por culpa de hombres de dientes blancos. Ojalá me equivoque. Lo cierto es, sin embargo, que en cuanto vi a esa mitad de mi ejército, supe que no estaría se-

guro en mi trono, y pensé con dolor en las palabras que me había dicho mi primer ministro al afirmar que los Dientes Negros constituían la mitad mejor de mi reino.

Estaba meditando en torno a todo esto cuando me pareció advertir que mi primer ministro y otros honorables miembros que formaban la comisión miraban con rostro inquieto hacia la orilla y, en concreto, a las filas del ejército de los Dientes Blancos, preguntándose entre ellos y hablándose al oído con cierta inquietud.

Por lo demás, las filas de ese ejército parecían tan espaciadas y su actitud tan provocativa y fiera que yo, sospechando algún tipo de desorden, pregunté el porqué de tal conducta entre los miembros de la armada y de tal agitación entre mis ministros.

–Debo comunicarle a Vuestra Majestad con gran dolor –me dijo uno de mis oficiales– una noticia cuanto menos desagradable: han estallado revueltas en algunas provincias del estado y gran parte del ejército de los Dientes Blancos se ha alzado contra el gobierno. La otra mitad que veis duda indecisa entre ayudarle a subir al trono o unirse a los rebeldes. Solo los Dientes Negros permanecen fieles a Vuestra Majestad, pero su valor no es equiparable al de la otra mitad del ejército. Será necesario adelantar vuestra coronación. Esta ceremonia solemne aquietará todos los tumultos, borraré las dudas de todos aquellos que no saben todavía si apoyar la monarquía o secundar las ideas republicanas de las provincias sublevadas. Nos ha llegado también la noticia de que en algunos lugares se han echado abajo los emblemas reales y se ha mancillado el símbolo del mirlo negro que hay en ellos, aunque ya se ha procedido con celeridad a restituirlos. Así es que lo mejor será que en cuanto se haya llevado a cabo la coronación, Vuestra Majestad entre en la sala del tribunal solemne, tal y como requiere la ocasión, y pronuncie algunas palabras sobre los delitos acaecidos durante la jornada, de forma que el ejército y la población, tras tener muestras de vuestra sabiduría, no ponga obstáculo alguno a vuestro ascenso al trono.

–¡Dios mío! –dije–, ¡bajo qué tristes auspicios comienza mi reinado! Todavía no he puesto un pie en mis dominios y ya una feroz rebelión sacude la mitad de las provincias y la parte más valerosa de mi ejército me ha abandonado para apoyar una revuelta... Pero... vamos –proseguí con voz firme–, vamos a cumplir con esta formalidad de la coronación, si es que ha de hacerse de inmediato. Y si el valiente ejército de los Dientes Negros presta su brazo a la monarquía, espero no solo someter a los rebeldes, sino consolidar mi trono y conservar intactas las sacras leyes del país.

–Vayamos –repitieron en coro mis ministros sumándose a mis palabras.

Uno de los oficiales añadió:

–La coronación puede celebrarse ahora mismo, todo está preparado: la capa real, la corona, el sagrado hueso de la nariz...

–¡El sagrado hueso de la nariz!... –interrumpí sobresaltado–, ¿qué quieres decir?

–El hueso de ballena que Vuestra Majestad debe introducir en sus reales narices.

–¡En mi nariz!

–Es la costumbre del país y una obligación esencial del rey. Vuestro padre...

–Lo sé, lo sé –le interrumpí de nuevo–, no prosigáis... pero, ¡qué horror! –exclamé para mí mismo–, en esto no había pensado... pero, es imposible... mi nariz... ¡mi hermosa nariz griega! La nariz más puramente griega que yo haya visto nunca... ¡ah! Me opondré a una costumbre tan cruel, a una costumbre tan terrible. ¡Si volviese a Europa! Si la rebelión me privase de mi reino... volvería con la nariz agujereada, traspasada por un hueso de ballena... no, no, eso no puede ser.

Y volviéndome a mis ministros les dije disimulando cuanto pude mi terror:

–Ilustrísimos señores, yo estoy contentísimo de poder proceder ahora mismo con mi coronación, pero ha ocurrido, creo, un horrible malentendido... quisiera... deseo, si es posible, esperar unos días por lo que respecta a la formalidad esta del hueso en la nariz: un terrible constipado, un tremendo catarro que he ido arrastrando durante el largo viaje y que ha provocado la inflamación de las paredes internas de mi nariz hacen de esta operación, sin lugar a dudas, algo cuanto menos peligroso; quisiera pedirle al excelentísimo ministro que me ha acompañado hasta Potikoros que le comunique a mis súbditos que este es mi deseo y que decrete una pequeña demora... siendo mi intención última cumplir esta formalidad ante la que me siento, por lo demás, tan sumamente halagado.

Ante estas palabras, mis ministros se miraron entre ellos poniendo los ojos en blanco, atorrizados, especialmente el Ministro de la Guerra, quien no dudó en dar muestras de su asombro y de su desaprobación.

Yo callaba por vergüenza.

Después de un instante de silencio, mi primer ministro respondió:

–Estamos totalmente convencidos de la veracidad de la justificación que aduce Vuestra Majestad, pero no será fácil convencer al ejército y al pueblo. La ceremonia solemne que debe llevarse a cabo hoy ha reunido aquí a casi la mitad de la población de Potikoros, y no creo que quieran irse sin haber asistido a tal evento. Negarse a ello podría interpretarse de un modo poco favorable y causar graves desórdenes en el reino. Por lo que a mí respecta, no me veo capaz de conjurar el furor del pueblo que se desatará en cuanto exponga el deseo real que Vuestra Majestad me ha dado el honor de manifestar.

Ante tal negativa, me sentí empequeñecer, y apenas tuve fuerzas para añadir:

–Si yo mismo debo mostrarme ante mis súbditos... si puedo arengarlos yo mismo, no desespere de poder convencerles de la verdad de mis afirmaciones... Porque mi nariz... mi mucosa...

En ese instante una estupenda idea me vino a la cabeza. Me acerqué a mi primer ministro y le dije al oído: «convence a la población, predisponla a escucharme y te daré el control de la provincia más fértil del reino, te condecoraré con el Gran Cordón del Mirlo Negro...». Y añadí para mí mismo: «si puedo salir de esta con la nariz intacta, cesaré de inmediato a todos estos, reharé mi consejo de ministros y alejaré de mí a estos súbditos rebeldes y corruptibles».

En efecto, tal y como había previsto, mi ministro cedió y decidió a llevar a cabo el intento. Se giró hacia mi séquito y les dijo:

–Verdaderamente... el interés, la paz del estado... nos obliga a concederle a su Majestad el beneficio de la duda en esto cuanto nos pide. La situación es delicada. Dispuesto a sacrificar mi popularidad por el bien del país, he decidido dirigirme al pueblo para contarles los motivos que nos impiden, por el momento, celebrar esta tan importante operación. ¡Ojalá quiera el cielo que mis palabras sean bien acogidas y creídas!

En ese momento, dirigiéndose a mí, que mientras tanto había subido a una especie de carro destinado a trasladarme al lugar de la coronación, añadió: «vayamos». Y reemprendimos el viaje.

Atravesamos un buen rato la calle entre las vivísimas ovaciones de la multitud hasta llegar finalmente a un pequeño promontorio de tierra en el que se había alzado mi pérgola real. Todo el campo que nos rodeaba estaba a rebosar de gente; las hermosas damas potikoresas, vestidas con un traje bastante simple, diría incluso que adánico, estaban reunidas en grupos bajo las pagodas naturales que formaban las palmeras y los bananos. Gigantescos árboles del paraíso cercaban el recinto destinado a mi coronación y, encaramados en ellos, grupos de

chavales sentados a horcajadas aquí y allá en sus ramas tocaban unos instrumentos de coco que producían un sonido endiablado. Desde aquel promontorio de tierra se abría ante mi mirada un horizonte estupendo: por un lado, el mar, sembrado por todos los lados de islotes casi imperceptibles, todos verdes por efecto de la exuberante vegetación; por el otro, infinitas campiñas, llanuras surcadas de ríos, colinas recubiertas de bosque, montañas cubiertas por inmensos brezos y, por encima de todo ello, el estupendo cielo del trópico, el cielo alto, sereno y siempre cálido de aquella tierra predilecta del sol.

Pero yo estaba sumido en otras meditaciones causadas por motivos más bien distintos. El temor a que mis súbditos reclamasen en ese mismo instante que se llevaran a cabo todas las formalidades requeridas en mi coronación, el pensamiento de que, aunque de momento, se me había dado el beneficio de la duda y que, tarde o temprano, debería afrontar la exigencia de aquella cruel costumbre, y, por último, la rebelión en mis provincias, la revuelta del ejército, la desertión, la poca fidelidad de mis ministros... todo ello me volvía amarga la alegría que debía sentir, tanto que varias veces casi estuve a punto de echar de menos mi vida anterior, modesta, pero libre, de escritor.

Era cierto, por otro lado, si podía superar aquellos obstáculos, ¡cuántos placeres me esperaban! Lo primero de todo, mi estupenda posición; y luego el lujo, aquella pompa, ese estar de continuo despreocupado; y el harén, el harén ante todo; y ese traje tan gracioso, tan simple, tan excitante, de las mujeres potikoresas... todo ello era con diferencia preferible a la oscura aridez de mi juventud.

Mientras iba pensando en todo esto, entré en la rica pagoda donde iba a ser coronado y donde daría inicio mi reinado.

*

Las sorpresas más gratas me esperaban en aquel lugar. Aparte de los riquísimos regalos en forma de vasijas de oro y plata y de piedras preciosas que me habían sido enviados desde las provincias por los fieles a la corona, las jóvenes de mi serrallo me habían mandado una embajada escogidas por ellas mismas y formada por doce de las más bellas con el encargo de recibirme y de prestarme todo tipo de servicios en la pagoda real. Yo no había visto en toda mi vida mujeres de una belleza tan deslumbrante, ni es posible que pueda manifestar la emoción que sentí al verlas.

Su vestido oriental estaba todo ornado de plumas de cisne y de perlas, sus pantaloncitos de seda azul estaban atados a sus pequeños y delgados tobillos con un magnífico lazo de borlas doradas, y sus piecitos, resguardados por sandalias bordadas, eran tan pequeños que podían caber en mi mano; todas sus formas eran al mismo tiempo tan perfectas y delicadas, y exhalaban tal voluptuosidad, que estaba seguro de que nunca en mi vida había visto, ni siquiera imaginado, criaturas más graciosas y más seductoras.

Pero había una, por encima de todas, que logró centrar, especialmente, mi imaginación. Es imposible describir lo hermosa que era, es incluso imposible hasta de imaginar: la blancura de su rostro era casi luminosa, deslumbraba; su cuerpo y su figura se perdían en una especie de vaporosidad ligeramente rosada; sus cabellos eran tan delgados, tan negros y tan luminosos, que ondeaban bajo aquella luz como un pañuelo de seda. Mientras contemplaba aquel prodigio lleno de encantos, se me acercó tímida y sonriente y, tras pronunciar algunas palabras en potikorés que me resultaron del todo incomprensibles, me secó el sudor que me rodaba por la frente con un pañuelito no más grueso que una tela de araña y que despedía los per-

fumes más embriagadores. Animado ante tanta amabilidad, y más todavía con el pensamiento de que yo era el rey y que aquella divina criatura era mía, tuve el coraje de decirle:

–¿Cómo os llamáis?

–Opala –dijo ella–, la más servicial y la más fiel de sus esclavas.

Pronunció estas palabras en mi propia lengua.

–¿No sois nativa de mi reino? –le pregunté maravillado.

–No –dijo la joven–. La difunta Serenidad de vuestro padre me trajo consigo de niña desde Oriente y me enseñó la lengua y las costumbre de vuestra nación. Él me honraba particularmente con su afecto y me confirió una especial autoridad entre las mujeres de vuestro serrallo.

«Mi padre –me dije a mí mismo–, no tenía mal gusto, no carecía de cierta inclinación estética... ¡qué criatura tan bella! Aunque... mi padre debía tener ya más de sesenta años... es imposible que...». Así es que, volviéndome a Opala, le dije:

–¿Mi padre la amaba?

–Mucho.

–¿Con qué tipo de afecto?

El rostro de Opala se cubrió de un vivo rubor. Yo, que con cierta dificultad me entendía a mí mismo, no supe aguantarme y la abracé diciendo:

–Yo también os amaré mucho y, además, os dejaré intacta la autoridad conferida por mi padre. ¡Dios mío! ¡Sois tan bella! Vos seréis mi predilecta y mi reina.

–¿Es eso cierto? –dijo Opala.

–Tan cierto como lo es el afecto que ya siente mi corazón por vos.

–¿¡Por mí!? ¿¡Su esclava...!?

–No digáis eso –la interrumpí mientras, en ese mismo instante, observaba que las demás mujeres se retiraban inclinándose y nos dejaban solos–. No digáis eso, decid vuestra amante, vuestra esposa; encontrad, si podéis, una palabra más dulce que pueda expresar lo que vos seréis para mí.

Opala se arrodilló y, abrazando mis rodillas, dijo:

–Gracias, gracias, yo también os amaré. Hasta ahora languidecía aquí tan sola, abandonada... porque vuestro padre... era tan viejo vuestro padre... ¡e irritable! Pero vos sois muy distinto. Porque yo no fui educada aquí en esta isla... ¡oh!, sí, yo os amaré mucho, no viviré para nada más que para vos; y dormiré en vuestra alfombra, os daré de beber a sorbos de mi misma boca, os haré cosquillas con las plumas de mi abanico, haré que descanséis vuestra cabeza en mis rodillas, ¡ya veréis, ya veréis!

«¡Oh, bella criatura! –me dije a mí mismo–, seré tan feliz contigo». Y pensé, «si fuese posible abandonar mi reino, huir con esta muchacha, llevarme conmigo los tesoros de mi padre, ese fabuloso diamante, esas vasijas de oro... y no volver a ver más a estos Dientes Blancos, a estos Dientes Negros... a estos odiosos ministros... evitar ese suplicio despiadado del hueso...».

Y movido por un arranque de sincero afecto, añadí abrazándola y levantándola del suelo:

–Sí, mi predilecta muchacha, ¡si yo pudiese huir contigo, llevarte conmigo a mi propia patria!... porque debes saber que ya quieren quitarme el reino, que pretenden deformarme el rostro, agujerarme la nariz, mi nariz griega, esa nariz tan peculiar de mi familia... y luego...

Justo en aquel instante un horrible estruendo vino a interrumpir mis palabras. Me giré y vi al primer ministro entrando jadeante y pálido en la pagoda. Tras él venían algunos oficiales de la corte, uno de los cuales me dijo:

–Se están produciendo grandes desórdenes. Es necesario que Vuestra Majestad se dé prisa y se instale en el trono. Luego pensaremos en la ceremonia de coronación... El pueblo no se ha creído las palabras del honorable ministro, quien pretendía justificar la negativa de Vuestra Majestad a asumir todas las formalidades de esta coronación. Ha asegurado en vano que se debía a un fuerte resfriado, que él mismo ha sido testigo durante el viaje de fragorosos estornudos reales... pero no le han creído. El sentimiento nacional ha sido sacudido en lo más hondo por esta noticia, y los pocos miembros que quedaban del ejército de los Dientes Blancos han abandonado sin más sus banderas para sumarse a las filas de los rebeldes. Es necesario adelantar su entrada en la capital, ya que los reaccionarios aún no se han organizado y no son capaces todavía de impedirlo. Los Dientes Negros están con usted. Si en el juicio público que Vuestra Majestad debe presidir hoy encuentra el favor popular, la monarquía todavía podría estar a salvo.

–Tal vez he podido mostrarme débil –dije yo entonces irguiéndome todo lo que podía y movido por no sé qué fuerza interior– frente a una exigencia que las costumbres contraídas en mi patria me hacen parecer un tanto repugnante, pero no lo seré nunca más ante los hombres que quieren sacarme del reino y privarme de los sagrados derechos que han sido transmitidos por mi padre. Si no puedo sentarme en el trono de Potikoros, sabré al menos morir defendiéndolo.

Y asomándome al quicio de la pagoda, mirando con ojos desafiantes a la multitud, exclamé en voz alta: «traedme mis armas y mi caballo, dejad que me ponga mi capa real, todos mis distintivos reales y la corona», y añadí mientras la cogía y me la ponía en la cabeza, «esta sí que sabré defenderla de todos los que intenten quitármela».

Mis ministros y mis oficiales, maravillados ante tal muestra de valentía, me trajeron rápidamente mi caballo y me ayudaron a colocarme los distintivos. Después, lleno de coraje, ensillé mi montura con la desenvoltura de un jockey y me dirigí en medio de ellos a la capital del reino y a mi palacio real.

Lo cierto es que, según avanzábamos, el coraje me iba fallando.

La poca lisonjera bienvenida de la población, la fría conducta de mis ministros, el griterío salvaje de los rebeldes, aquellos corrillos de Dientes Blancos que íbamos encontrándonos a cada instante en nuestro camino me erizaban los cabellos, o lo que se dice más comúnmente, me ponían los pelos de punta, como si mi sagrada epidermis fuese la epidermis del más vulgar y del más innoble de mis súbditos. Intentando encontrar como podía una diversión cualquiera a mis ideas, pensaba en cómo es posible que las gallinas estén siempre en un estado incesante de pavor, si es que ese fenómeno de la piel es en ellas constante, y no dejé de sentir una cierta conmiseración y piedad por el género de los *gallus domesticus*. Porque si no fuese así, ¿cómo podríamos nosotros expresar, queriendo atenernos fielmente a esa misma frase hecha, el estado de pavor de una gallina? ¿Podríamos decir entonces que las gallinas tienen la piel de gallina?

Ahora comprendo que aquellas elucubraciones que iba formulándome a mí mismo en aquel doloroso viaje no eran más que pueriles tonterías que no se avenían bien con mi dignidad de monarca; debo confesar, por otro lado, que me encontraba totalmente turbado, y que fue gracias a esa turbación por lo que pude llegar al palacio real sin que las causas de tal terror que me inundaba provocasen en mí otros padecimientos más sensibles y más complicados.

*

El palacio real era un edificio estupendo: todas las maravillas, todas las delicias, todas las riquezas de Oriente estaban allí acumuladas sin ningún tipo de medida.

Mi padre había sabido conciliar fastuosamente la suavidad de las costumbres orientales con la severa grandiosidad de la arquitectura europea. No creo que haya en Europa palacios reales o palacios privados más elegantes. La verdad es que no he visto nunca, ni siquiera imaginado, edificios tan suntuosos y tan espléndidos; las paredes eran todas de madera de nogal de la India, y las uniones eran tan estupendas y la decoración de oro, marfil y plata, estaba labrada tan magistralmente y con tanta grandiosidad en sus dimensiones, que las proporciones y la elegancia de tales ornamentos no podían considerarse ni mucho menos inferiores a las de cualquier casa real europea.

Mi apartamento privado era uno de esos encantadores retiros que se sueña poseer a los catorce años, uno de esos que con frecuencia no se es ni capaz de tener una idea, uno de esos edificios que nuestra arquitectura, ceñida a los límites inexorables del arte y de sus propias tradiciones, no habría tenido nunca el atrevimiento necesario para imaginar ni la osadía de crear. Por desgracia, permanecí tan poco tiempo en ellos que me es imposible dar una descripción detallada. No he guardado en la memoria más que el detalle de las estrellas móviles que se perdían en el azul del techo, del que no se veía el fin, y que lanzaban por todas partes ondas de luz deslumbrante de color esmeralda. Tal vez en aquel cielo artificial estaba representado todo el sistema planetario, con sus elementos, con sus órbitas, respetando todas las leyes de su evolución. Recuerdo el suelo, elástico y móvil, totalmente aljofarado de rubíes, cuya elasticidad se combinada misteriosamente de forma que, cediendo suavemente a la presión del pie y levantándose por su propia fuerza, evitaba la fatiga de caminar, haciendo que se pudiese pasear por él durante todo un día sin notar el menor síntoma de cansancio.

Me vienen a la memoria unos tipos de incensarios colgados de unos arpones de oro macizo que sobresalían de las paredes y que se balanceaban por sí solos. Emitían un vapor perfumado en cuyas espirales volteaban figuras desnudas, las cuales cambiaban de forma y de color a cada instante, hasta que, unidas en una determinada altura, se iban haciendo más pequeñas hasta acabar transformándose en humo. Los efluvios de aquellos incensarios actuaban tan potentemente en los sentidos que noté una cierta ebriedad: no podía prestar atención al suavísimo canto de ciertos pájaros que no veía, pero que pensé debían estar encerrados en jaulas suspendidas en el azul del techo.

No hablaré de mi lecho, de mi trono real, de todos los muebles de mi estancia... sería imposible dar cuenta de la forma, del uso, de los detalles. Todo eran pieles sobrepuestas a otras pieles, intercaladas por pétalos de rosa que se cambiaban cada día; las sillas se acunaban solas y, si se quería, se paraban; por último, las damas de la corte –las más atractivas bellezas de Potikoros–, cubiertas simplemente por un velo color de rosa, iban y venían por las habitaciones ansiosas por satisfacer cualquier pequeño deseo mío, cualquier necesidad por inexistente que fuera, y cumplirlo tan rápido como el pensamiento.

En cuanto puse el pie en mi habitación privada, algunas de estas damas me presentaron mi nuevo vestuario de monarca y se dispusieron a quitarme mi traje de burgués (bajo la capa real que me había puesto en la pagoda, yo llevaba todavía en ese momento un traje de espiga que, por cierto, aún no había pagado a mi sastre) con la finalidad de prepararme, con toda la prestancia requerida y todo el esplendor de mi cargo, para presidir el mencionado juicio.

Pese a todo, mi pudor me impedía ceder ante la amabilidad de aquellas damas respetables. Notaba que me ruborizaba hasta la punta de la nariz, así es que intenté darles a entender que me oponía a ello diciendo:

–Estimadas señoras... queridísimas señoras... mis hábitos de higiene personal... el respeto que yo siento por sus personas... no me permiten mostrarme aquí con toda la simplicidad de mi traje natural... y además de eso, mi ropa interior, mis calzoncillos... en un viaje tan largo... sin tener acceso a un lavadero... ustedes entenderán...

Pero aún estaba por llegar lo peor: me di cuenta de que ninguna de ellas entendía la lengua de mi país y, no pudiendo hacer nada más, me dejé hacer con tanta turbación por mi parte como el lector se pueda imaginar.

Cuando me encontré totalmente vestido, ceñido y apretado como una morsa con los cinturones de ese traje tan ornamentado con láminas de metal y perlas, pregunté la hora fijada para el mencionado juicio público y, viendo en mi reloj (un viejo reloj de Ginebra que había tenido la precaución de cambiar según el meridiano de Potikoros) que faltaba por lo menos media hora, pedí que me condujeran a mi serrallo. Me metí entre las gentes de mi séquito, que me precedieron agitando gruesos abanicos de plumas o portando algunos de esos incensarios que había ya visto en mis habitaciones privadas.

¡Dios! ¡Dónde encontraré expresiones capaces de manifestar la sorpresa y la fascinación que me sentí al ver frente a mí a mi serrallo! Me quedé mudo y totalmente bloqueado, y apenas tuve fuerzas para pronunciar algunas palabras de despedida para los honorables oficiales de mi casa que me habían acompañado.

No daré ninguna descripción de aquel lugar: sería imposible. La elegancia, la comodidad y el lujo de mi apartamento eran una pequeñez al lado de la magnificencia de aquello que veía. Todo se confundía en una inmensa luz: era una de esas ilusiones ópticas que se experimentan cuando se es pequeño, algo similar a esas visiones que se tienen en esa edad cuando uno se frota las pupilas con el reverso de la mano.

Aquí y allá, entre los intersticios de una inmensa columnata, estaban colgadas unas telas de seda llenas de velos y encajes dentro de los cuales, como si fueran hamacas, algunas de mis muchachas vestidas con ese simple y delicioso traje de Potikoros se mecían mientras movían, gráciles, unos pequeños abanicos. Otras estaban sentadas en ciertos divanes de raso azul contándose cuentos de hadas y de genios; otras comían confituras o nueces perfumadas, mordiendo las cáscaras con sus pequeños dienteillos (creo que ya he dicho que las mujeres del serrallo eran todas de la tribu de los Dientes Blancos), otras, en fin, jugaban con sus velos, con las plumas de su tocado, o les daban de comer a unas tórtolas que no eran más grandes que nuestros reyezuelos o a pequeños colibríes más pequeños incluso que una mariposa.

Opala (yo la había buscado con la mirada nada más poner el pie en aquel santuario) se había cambiado de vestido y, radiante, con la belleza más atrayente que se pueda imaginar, se encontraba sentada en un asiento más elevado, una especie de trono que ella ocupaba como signo de distinción.

Su graciosa cabeza reposaba en actitud pensativa sobre un suave cojín de terciopelo; sus piececitos, cubiertos por unas zapatillas imperceptibles de un tejido sedoso casi transparente, apenas reposaban sobre un taburete de oro y de marfil, sus manos, llenas de una tática voluptuosidad, le colgaban a los lados en una postura de abandono y sus largos párpados, semi cerrados, no dejaban adivinar bien si dormía o si estaba dormitando entre ensoñaciones.

Al sonido de mis pasos (ninguna de las zapatillas de mi guardarropa me entraban en el pie, así que llevaba mi único par de botas de media caña de doble suela), Opala se sobresaltó y, viéndome, se deslizó de su trono para venir a arrodillarse a mis pies.

En un instante, todas las cortinas que estaban suspendidas se deslizaron hasta abajo, hasta el suelo; las muchachas salieron vestidas tal cual estaban y se postraron, también ellas, a una

corta distancia de nosotros. Una música divina y susurrante comenzó entonces a oírse por el serrallo y a electrizarme con sus notas.

–Nobles damas –dije yo levantando a Opala del suelo y dirigiéndome a las demás–, nobles damas, hagan lo mismo, por favor... insisto en que se levanten; aquí no vale la etiqueta de la corte, aquí no hay normas de etiqueta... Les ruego que consideren mi real persona como si fuera la de un simple amigo, como a un familiar... yo... intento introducir algunas modificaciones en el régimen interno de esta nuestra sociedad... quiero decir, algunas leyes de igualdad, una paridad de derechos, una igual repartición de...

Y no viniéndome a la cabeza la palabra que debía utilizar, temiendo prometer demasiado y deseando, por otro lado, encontrarme aunque fuera un instante a solas con Opala, añadí:

– Bien... sé bien que lo que yo intento hacer... Les ruego, mientras tanto, que vuelvan a sus cortinajes, a sus nidos... les ruego que vuelvan a ocupar sus divanes... yo me comprometo a volver más tarde... con tiempo... En cuanto me lo permitan las gravosas exigencias de mi cargo vendré a rendirle a cada una de ustedes el debido homenaje de mi respeto y admiración.

La Serenidad de mi padre tuvo un gran acierto al introducir en el sistema educativo del serrallo la enseñanza de la lengua de mi país, así es que todas aquellas muchachas volvieron al instante a sus cortinajes mientras que Opala, previendo mis evidentes deseos, me tomaba de la mano y me conducía a su habitación particular.

Nos sentamos en una suave alfombra de Persia. Yo estaba tan cansado por los esfuerzos realizados durante la jornada y tan turbado por todas aquellas cosas impresionantes que aquel estado de postración me inducía casi por necesidad a la ternura de una relación más confidencial y sincera.

–¡Qué buena eres! –le dije abrazándola–, ¡qué bella eres! ¡Criatura divina! Me habéis precedido en este palacio real, donde no me quedaré tal vez durante mucho tiempo y de donde no sería doloroso alejarme si no fuera por el pensamiento de vuestra pérdida. No pensaba que os encontraría enseguida aquí, os lo agradezco; sentía justamente la necesidad de relajarme un poco con vos tras los dolorosos desvelos que me provoca mi estado.

–¿Tanto puedo en vuestro corazón? –dijo la muchacha– ¡Sí que os soy grata! Oh... vos sois tan distinto a vuestro... sí, a vuestro aburrido padre. No le gustaba más que le leyéramos cuentos, pasear arriba y abajo por nuestras salas, regalarnos algún juguete, que le acompañásemos, cogidas de su brazo, hasta la puerta de su apartamento, que le sostuviéramos la cola del traje... Era insufrible, disculpadme... pero era insufrible... Lo sé, creo que tenía setenta años.

–Más o menos.

–¡Pues eso! Pero vos sois tan joven, tan bello, tan vivaz. No sabéis... yo temblaba viéndooos en la pagoda... temía que se os obligase a sufrir esa bárbara costumbre de nuestro país. No es que me asuste el pensamiento de que podáis perder vuestro trono, pues os amaría lo mismo y vos me amaríais aún más; sino que temblaba por mí misma... me repugnaría veros con la nariz perforada, os abrazaría con disgusto. Si hubieseis visto a vuestro padre... ¡qué pinta tenía vuestro padre con la nariz traspasada por aquel hueso!... Pero... ¿qué haréis para evitar tal suplicio? ¿Tenéis claro que no lo haréis?

–Sí.

–¿Y pensáis que podréis evitar el cumplimiento de esa cruel obligación?

–No lo sé –dije yo–, pero sí sé que estoy decidido a no hacerlo. Y aun más sabiendo que vos me preferís así, que no me amaríais de otro modo...

–Oh, sí, sí –dijo la muchacha abrazándome con inocente coquetería–, no quiero, no, que os echen a perder vuestra nariz, esa nariz griega, esa nariz tan graciosa... Pese a ello, os amaría de cualquier modo. Y si tuvieseis que abandonar esta isla, os seguiría igualmente. ¿No es cierto que me dejaríais seguiros?

–Soy yo –dije– quien os seguirá, quien, perdiendo mi reino, encontraré un justo consuelo en el hecho de tener vuestro amor. Porque... solamente con que vos me améis, con que estéis dispuesta a refugiarnos conmigo en mi país, me dará la fuerza necesaria para oponerme a todas las torturas que me acechan. Creo que los tesoros de mi padre superan con mucho las más ricas fortunas que hay en Europa, y, en cuanto a los medios para la vuelta, mis ministros son lo bastante corruptibles –como todos los ministros que he conocido en mi país– como para darles un poco de coba y poder llegar a un acuerdo con ellos.

–¡Cómo me alegraría ir con vos a vuestro país! No piense que podríamos ser felices aquí dentro. No amamos a nadie, nosotros; nadie nos ama: yo, por ejemplo, me consideraba la muy desventurada antes de veros; y ahora... de veras siento que seré felicísima con vos, tanto más si es lejos de aquí, porque... entre estas damas... hay muchas más agraciadas que yo, muchas de ellas son más encantadoras que yo, muchas...

–Imposible –dije yo con firmeza.

–Oh, sí –dijo ella–, algunas son más agraciadas que yo... y deberéis admitirlo.

–Nunca.

–Lo haréis.

–Vamos –le dije abrazándola–, no penséis en esas cosas.

«Una escena de celos a estas horas», pensaba para mí entretanto. Y viendo que a Opala se le habían humedecido los ojos, llenos en un instante de lágrimas, pensé que debía darle un giro más amable a nuestra conversación... aunque lo cierto es que no encontraba ningún tema divertido que me distrajesen también de mis pesares. Cambié de tema de improviso.

–¡Qué ojos más pillos tenéis! –le dije mirándola con un aire entre admiración e insolencia.

–No es verdad.

–Sí, lo es, ¡tenéis realmente unos ojos maravillosos! ¡Y qué pelo! Dejadme tocarlo... ¡qué trenzas más tupidas y abundantes! Pero, ¿no sentís frío en los pies, calzados así con estas zapatillas casi transparentes?

–No.

–Es imposible. ¡Qué piecitos! Apuesto a que son más pequeños que mi mano. Veamos, permitidme que los mida.

–Aquí los tenéis.

–Veis: sobra toda la uña del dedo, así... ¡Sois tan graciosa! ¿Cómo no amaros, bellísima criatura?

–Vamos, vamos, me aduláis...

–No, no es cierto.

–Sí.

–No, os lo juro.

–Jurad solamente que me amáis.

–Lo juraré luego. Dadme un beso.

–Sí...

*

Pero Opala había dicho muy rápido esa palabra; justo en el momento en que empezaba a inclinarse hacia mí para besarme, su rostro se quedó helado a medio camino... había escuchado un inesperado ruido en la puerta de la estancia.

–Majestad, daos prisa –gritaba desde fuera el primer ministro con su estentórea voz–. La hora prevista para el juicio ya ha pasado y la multitud os espera con impaciencia. Una mayor demora podría empeorar aún más la complicada situación política en que estamos metidos, no les hagáis esperar más.

–¡Dios mío! –dije, preguntando de nuevo a mi viejo reloj de Ginebra– es cierto, pasan ya varios minutos de la hora fijada. Aunque esto no deja de ser un abuso... ¿soy o no soy una autoridad soberana, absoluta? ¡Venir a molestarme, sorprenderme así, en mis estancias privadas, interrumpirme durante la expansión más ineludible de mis tiernos quehaceres domésticos! Si consigo consolidarme en el trono, reharé de arriba abajo el reglamento interno de mi casa.

Y acordándome de que el ministro me esperaba fuera de la puerta añadí en voz alta:

–Voy, ya estoy con vos, avisad al pueblo.

Abracé entonces a la muchacha diciéndole:

–Es todo un menosprecio a mi persona venir a importunarme en este momento. ¡Qué horror!... pero nos veremos esta tarde.

Me fui directo a la sala del juicio. Era mi intención mostrar una postura severa, imponerme, hacer que se me temiera; me parecía que sería mucho más eficaz que mostrar una indulgencia que mis súbditos ni de lejos se merecían.

Además de esto, tenía en mente introducir en las leyes del estado algunas disposiciones que, al mostrarse sabias, darían al pueblo una imagen más favorable de mi capacidad y de mi sabiduría gubernativa. «Seré severo –me decía mientras ponía el pie en el quicio de la sala–, seré inflexible». Y debo confesar que en aquellos momentos iba maquinando por dentro funestos proyectos que perjudicarían a mi pueblo. «Si logro consolidarme en el trono; si con los tesoros de mi padre puedo formar un partido numeroso afin a mi causa, cambiaré al instante los viejos estatutos del reino, –rumiaba dentro de mí–. Cambiaré el gobierno constitucional que me tiene atadas las manos en un gobierno despótico. Daré, como hizo mi padre, un golpe de estado. ¿Qué es esto de gobierno constitucional? Una burla a mi persona, a mi misma calidad de rey, a las tradiciones gloriosísimas de mi casa real. ¿El pueblo hace lo que le quiere y yo debo decir que sí con la cabeza como un guiñol de Núremberg cuando se le tira del hilo que lo maneja?».

Yo había aprendido en mi país cómo debe gobernarse una nación: entonces era un súbdito más, pero en aquel momento... No se trataba más que de invertir los roles. «¡Ay de aquel jefe de estado –me repetía una y otra vez– que no sabe hacer de su pueblo un pueblo lleno de perfectos cretinos y que, en lugar de pensar en disfrutar de todos los recursos de su posición y de dar al país un buen número de súbditos con mezcla de sangre real y plebeya, se ocupa concienzudamente del futuro y de la dignidad de esa nación que ha puesto su destino entre sus manos! Esa cabeza coronada es una cabeza que ya no está sobre sus hombros. La civilización es un hacha con tendencia a cortar las cabezas de aquellos que llevan corona».

He de confesar que mi orgullo no le ponía ningún límite a mi fantasía. En ese instante de entusiasmo la teocracia misma era poco para mis ambiciones.

Entré en la sala y tomé sitio en el trono: a ambos lados estaban los ministros, frente a mí, los culpables y, alrededor, la multitud.

Los Dientes Negros se alzaron y me dedicaron una fragorosa ovación, pero los perversos Dientes Blancos, con sus horribles dentaduras blancas, armados de pies a cabeza, me miraban torvos y desdeñosos en silencio. Di entonces un pequeño discurso de ocasión que provocó algunos aplausos en la tribuna de los periodistas a sueldo. Para dar mi gran golpe de efecto, pedí que me trajeran todos los volúmenes que contenían las leyes del estado y le pedí a mi secretario particular que leyese los nuevos reglamentos que había ido improvisando durante el largo viaje hasta Potikoros y que pretendía insertar en aquellos estatutos.

Consistían en una serie de artículos relativos a la abolición del melodrama en el teatro potikorés, basándome en la siguiente razón: que el drama musical es el sinsentido más grande que hay, el absurdo más monstruoso y más ridículo del que la ciencia es culpable. A este proyecto se le añadía otro relativo a los mimos, a los bailarines, a los tenores y a los barítonos de tráquea más o menos dilatada; a los primeros, a los tenores, se les debía infligir la pena de hacer el ridículo por el mero derecho de ejercitar su oficio; a los segundos, los barítonos, se les imponía la obligación de que recordaran que todo su mérito residía en la forma y en las dimensiones de su tráquea.

Un segundo proyecto de ley regulaba los derechos de los autores y de los editores. Cincuenta artículos se referían exclusivamente a estos últimos. Y eran tan severos y, al mismo tiempo, tan justos, que siento un gran dolor por tener que callarlos ahora dada su prolijidad. Me limito a señalar que en uno de ellos, el que se refería a los casos de piratería editorial, la propuesta de pena era tener al editor colgado de los pies hasta su muerte. Y creo que incluso así era poco.

Otros artículos establecían penas para los delitos literarios. Eran severamente castigados los trabajos de recolección de textos en antologías y aquellos volcados en la mera escritura de circunstancia; en definitiva, esos trabajos que se hacen tan solo cargando peso sobre las espaldas pero que intentan hacerse pasar por trabajos hechos con la cabeza, etc.

Un apéndice de esta disposición hacía referencia a esa clase de profesores que se creen escritores, a los que se culpaba de ser responsables ante la posteridad de la formación eunuca y de la catalepsia intelectual a la que se ha sometido a las jóvenes generaciones de nuestro tiempo.

Otra disposición legislativa trataba del hambre impuesta y del hambre usurpada; proponía penas para los escritores de tipo funambulista; condenaba a perpetuo destierro de la isla a los poetas que atentaran contra el bien público dando lectura de sus versos ante cualquier infeliz obligado a padecer tal violencia, y prohibía, finalmente, la representación del drama y de la tragedia, consideradas como las más ridículas parodias del dolor y de la desgracia humanas.

Eran, en una palabra, un conjunto de leyes inspiradas en la más alta sabiduría, y mi mortificación no fue tan grande como mi maravilla cuando entendí que todas ellas habían sido ya incluidas en el Código de Potikoros desde los tiempos en que esta isla se constituyó como república.

¿La república había sido pues útil en algo? Por primera vez comprendí que el golpe de estado de mi padre había tenido, en sí mismo, el carácter de una indigna traición, y me sentí tentado de apreciar de forma más benigna a aquellos Dientes Blancos que, con su postura amenazante y sus terribles incisivos tallados como agujas de media, reclamaban la restitución del primer sistema gubernativo del estado, la república.

De todos modos, en ese momento no podía, como hubiese querido, pararme en estas consideraciones. Por otro lado, mis propios intereses personales me habían hecho difícil el apreciarlas. ¿Pensáis que todos los que se han sentado en un trono alguna vez –tal y como yo lo

hice— no se han planteado en algún instante determinado las mismas consideraciones aunque luego las hayan acabado enterrando en el fondo de su conciencia movidos por el mismo espíritu egoísta?

Un hecho maravilloso se presenta, desde las primeras edades de la historia de los pueblos, a los ojos del observador y del filósofo: cinco o seis listillos con estudios legislan con el látigo los destinos de toda esa masa diezmada de ovejas que es la humanidad. He leído, no sé dónde, este dicho: «mala bestia es el hombre, cosa divina es la humanidad». ¡No es cierto! Yo he tenido siempre que mirar al hombre, al individuo, a la criatura aislada, para poder encontrarme menos a disgusto frente a él que con la masa de los hombres; desde que tengo conciencia, no me he reconciliado, como mucho, más que con tres o cuatro de ellos, pero creo que no me reconciliaré nunca con el resto de la humanidad. Por otro lado, esta creencia ha dejado ya de hacerme daño.

Aunque me estoy dejando llevar por banas digresiones.

Había llegado ya el momento de comenzar el juicio, así es que hice que se presentara el primer condenado y se procedió a la lectura de la acusación.

Yo era todo oídos (diría, usando una frase hecha inglesa, que era todo orejas), pues no ignoraba que mi destino dependía del resultado de aquel juicio.

La acusación se había redactado, más o menos, en estos términos:

«Akriundaz, de la provincia de Pikliya-pokenos, de treinta y dos años, perteneciente a la tribu de los Dientes Negros, de oficio captor de mirlos blancos, ha sido imputado por el robo de dos panes en la tienda de Srikis Tenariabikeloz, sita en la avenida principal de nuestra ciudad de Potikoros, tras la rotura de un escaparate y sin que haya circunstancias atenuantes».

Aunque la lectura de la acusación en potikorés me había poco menos que destrozado los tímpanos de ambos oídos, reordené como mejor supe mis ideas e invité al imputado a exponer su defensa.

—La captura del mirlo blanco —dijo él— convertida en una actividad más difícil y menos lucrativa tras la introducción del mirlo negro en la isla llevada a cabo por la Serenidad de vuestro padre como homenaje a nuestro pueblo, y habiendo, por lo tanto, provocado la desvalorización de los mirlos de otros colores, ha hecho que me encuentre desde hace algún tiempo en tal precariedad que me es imposible vivir del fruto de mi negocio. Así es que esta mañana he pedido al honorable hornero Tenariabikeloz que me diera a cuenta algunos panes. Tras negarse a hacerlo, he roto el cristal del escaparate y he cogido dos. Yo soy un honesto Diente Negro. La causa principal de este acto violento ha sido mi deseo e intención de festejar, según me permitían mis posibilidades, la subida al trono de Potikoros de Vuestra Majestad.

Esta defensa, en la que no faltaba el aderezo de la adulación, me predispuso a favor del imputado.

—Deberías haber dado a conocer a las autoridades de vuestro pueblo (Pikliya-pokenos, si no me equivoco) que os encontrabais en la situación que acabáis de exponer —dije yo—. Este solícito inspector de policía que tengo a mi lado os habría autorizado a pedir limosna sin necesidad de violar la ley de la honradez con un acto de apropiación tan violento.

—¡Pedir limosna! —se sobresaltó maravillado mi ministro mientras veía cómo los que estaban escuchando abrían los ojos como platos al oír tal palabra.

—Sí —continué en voz alta—, se le habría autorizado a ejercer la mendicidad, se le habría proporcionado la pertinente chapa distintiva, tal y como es costumbre hacer en los países civilizados de Europa.

Un murmullo inmenso se fue levantando entre la multitud, un murmullo de desaprobación universal. Yo noté cómo me iba subiendo la sangre de los pies a la cabeza y, de repente, cómo caía de la cabeza a los pies para volver a remontar el camino de nuevo hasta la cabeza.

–Ignoro –añadí con coraje– cuáles son las leyes policiales a este respecto en estas tierras, y es evidente que de momento lo que he dicho puede no satisfaceros. Será una de mis prioridades informarme cuanto antes.

–Entre nosotros –me interrumpió mi secretario particular– la mendicidad no se admite bajo ningún concepto; apenas conocemos el significado de esta palabra a través de unas pocas noticias que hemos tenido de los usos predominantes en Europa. En la isla de Potikoros, todos y cada uno de los súbditos tiene derecho a un trabajo y, en caso de incapacidad, a recibir una manutención a cargo del estado.

–Son, sin duda, leyes verdaderamente considerables –dije yo–. Doy las gracias a mi secretario particular por haberme informado, pero... retomemos el curso de nuestro juicio: el honorable hornero... Tenar... Tenar...

–Tenariabikeloz –completó uno de los ministros.

–Tenariabikeloz... ¿se encuentra presente en la sala? Si es así, que confirme si es cierto que el imputado le había pedido los dos panes a cuenta antes de robárselos.

El hornero se acercó a la mesa presidencial y confirmó que era cierto.

–En tal caso –continué–, ciñéndome a los hechos, oída la justificación del acusado, vista la necesidad de mantener invioladas las leyes fundamentales de cualquier derecho civil, teniendo en cuenta la declaración de la víctima del robo, así como el resto de las causas atenuantes, condeno al ya mencionado Akriundaz (este era el nombre, creo), captor de mirlos blancos, a la pena de cuatro años de trabajos forzados.

¡Ojalá no hubiese pronunciado nunca esa sentencia! De repente un grito de desaprobación brotó de entre la multitud, un grito tan fragoroso y feroz que incluso mis mismos ministros se asustaron. Los cabellos se me erizaron tanto en mi regia cabeza que pensé que la corona debía haberse alzado al menos dos buenas pulgadas del cogote. Los Dientes Blancos, rechinando sus terribles incisivos, pedían que se liberase al acusado y que, por el contrario, se le abriese un proceso al honorable hornero Tenariabikeloz. Aducían para ello el derecho que tenía el primero de apropiarse de aquellos panes que había pedido y que le habían sido negados, y citaban tal o cual artículo de la ley en el que se decía que cualquier ciudadano necesitado que, por el motivo que fuera, estuviese impedido para poder trabajar, podía exigir una manutención gratuita a cargo de particulares ricos o del estado.

No sé cómo fui capaz de calmar aquel tumulto. La firmeza de mi conducta y la de mis ministros –siento que debo hacerles justicia en esto– logró que, poco a poco, se restableciese un tanto el orden en la asamblea.

La amenaza de hacer desalojar la sala usando medio pelotón de Dientes Negros dio resultado.

En cuanto se restableció la calma, ordené que se trajese al segundo culpable.

Era el director del diario *El Juicio Universal* (el periódico oficial de Potikoros), que había sido acusado de causar el deshonor a una honesta familia publicando algunos rumores infames carentes de toda veracidad.

El honorable director me pareció una persona seria y merecedora de todo respeto, dejando de lado que yo me encontraba, en algún modo, unido a él por una vieja intimidad familiar y laboral. Así es que sentí el deber de defenderlo y de pronunciar una sentencia bastante favorable para él.

–¿Dónde está el gerente? –pregunté–. Si el acusado no es el director responsable del periódico, que se me traiga al gerente y se deje libre al periodista.

–¡El gerente! –exclamó mi juez instructor–, ¿qué es el gerente? ¿Es posible que una persona cualquiera se haga responsable de los delitos de otra? ¿Castigamos los delitos o castigamos las conciencias?

–Los sistemas como este –dije yo– son frecuentes en todas las naciones de Europa. Además, yo no puedo juzgar una acusación como esta sin conocer las leyes concretas que regulan la prensa potikoresa. Por otro lado... me parece que este ha sido un fallo cuanto menos menor: una simple reprensión... una simple advertencia. No pronunciaré mi sentencia, de todos modos, hasta que no tenga pleno conocimiento de las leyes que ahora acabo de mencionar. Le ruego al honorable magistrado que haga entrar al tercer imputado.

Habiendo salido airoso de la situación a duras penas, miré a la multitud para conocer la impresión que pudieran haber producido mis palabras. El desorden se había renovado. No era exactamente el mismo barullo, la misma desaprobación teatral de antes... aunque más o menos. Se veía bastante claro que la impaciencia del auditorio acabaría desencadenando algún tipo de manifestación más enérgica y más difícil de reprimir. El interés que despertaba el tercer acusado, sin embargo, ayudó a que se apaciguaran sus ánimos.

Se trataba de un funcionario del gobierno imputado en un grave delito de prevaricación tras haber sustraído una suma de varios millones de las cuentas del estado. Tal y como suele suceder en casos como este, las pruebas eran cuanto menos manifiestas pero refutables de mil maneras distintas, de forma que fácilmente podían dirigirse a inculpar a otros funcionarios. Yo conduje e iluminé en algunos puntos el desarrollo del proceso, pero, aunque era unánime la convicción de que se trataba de un delito, las pruebas que la ley requería no aportaban todos los datos necesarios para pronunciar un veredicto de culpabilidad.

Yo me encontraba metido de lleno en una situación insostenible, digamos que entre la espada y la pared, considerando que el acusado era un Diente Blanco y formaba parte de esa tribu de la que debía granjearme su favor con especial cuidado, que pertenecía a las altas esferas del gobierno en las que reside el principio de que una mano lava la otra mano, y que la cantidad sustraída hubiera sido considerada en mi país una bagatela sin importancia, una especie de *movimiento de cifras* (palabras con las que algunos gobiernos constitucionales definen el robo a manos de funcionarios gubernamentales)... con todo ello, creí que debía mostrarme lo suficientemente severo en la sentencia dejándolo fuera de su puesto y exonerándolo de su cargo.

Fue la chispa que prendió la mecha; el furor popular se manifestó tan unánimemente, tan violentamente, que me di cuenta enseguida de que no había medio alguno de contenerlo. Mis mismos ministros se quedaron perplejos tras escuchar lo estúpido de mi sentencia y, temiendo que los rebeldes los consideraran como afines al rey, se apresuraron a retirarse prudentemente a la antecámara. Yo me quedé paralizado, petrificado, en el trono. Solamente después de unos segundos, cuando me di cuenta de que la multitud empezaba a gritar «abajo el rey, destituyamos al rey» y otras gracietas de este tipo y que se aprestaban a saltar a la tarima para capturar mi real persona, pensé en ponerme a salvo dentro del palacio real.

No diré cuáles fueron los pensamientos que me pasaban entonces por mi cabeza, rápidos, tumultuosos, absurdos todos...

La incertidumbre, sin embargo, me duró solo un instante. En cuanto vi que las gentes de mi propia casa intentaban refugiarse en el interior de mis habitaciones secretas y que no solo no les importaba nada salvar mi real majestad, sino que ya podía darme por contento si no

buscaran ellos mismos directamente mi ruina, y que, por otro lado, los Dientes Blancos habían penetrado ya en algunas salas del palacio real... decidí ponerme a salvo y huir.

*

Me fui precipitadamente hacia el serrallo, pues no tenía fuerzas para abandonar mi reino sin llevarme al menos conmigo a esa muchacha que tanto me había fascinado. Así que, abrazando a Opala, le dije:

–La revuelta está a punto de arrebatarme el trono y la vida... huyamos, ven conmigo. Yo seguiría siendo el monarca más feliz, el más rico, el más afortunado, si pudiera pasar el resto de mi vida contigo... si tú fueras mía, mi querida Opala, ¡mi dulce muchachita! Sí, sí, huyamos a mi patria, allí donde la dignidad y la conciencia popular libran a la monarquía de estos peligros, allí donde los reyes no están obligados a ponerse un hueso de ballena en la nariz, sino que son ellos mismos los que se pasan por las narices a sus devotísimos súbditos... ven, ven... Pero deja que antes coja los tesoros de mi padre... Por cierto, ¿dónde están esos tesoros de mi padre, ese fabuloso diamante, esas esmeraldas...?

Opala, abrazándose a mi cuello con sus brazos blancos y delicados, me decía con voz sollozante:

–No salgáis, no salgáis de aquí. Tal vez los Dientes Blancos no entren en este templo y respeten el culto que estas vírgenes rinden al amor, tal vez...

–Es imposible –la interrumpí yo–. Huyamos, huyamos, vayamos hacia el mar. Si pudiéramos atravesar la capital sin que nos reconociesen, si...

Pero justo en aquel instante se abrió de par en par la puerta del serrallo y una turba de Dientes Blancos apareció amenazante en el quicio. Yo solo vi una cosa, sus dientes, tan horribles de los *blancos* que eran, largos, afilados, sobresaliendo de unos labios que la ávida costumbre de morder había deformado y contraído dándoles un gesto feroz. Lo volveré a decir: no vi más que sus dientes. Incluso en estos momentos en que escribo, esas horribles ristas de dientes que rechinaban por sí solas como si fueran independientes de sus dueños, como si estuvieran royendo algo que no podía verse, se me asemejan a esas dentaduras artificiales de un cadáver expuestas sobre el fondo de terciopelo negro de una vitrina. Verlas y estremecerme y quedarme allí mismo inmóvil y petrificado como si hubiese echado raíces, fue todo uno. Un Diente Blanco se aventuró a sobrepasar el quicio de la puerta y vino hacia mí lanzándome una especie de jabalina que tenía entre las manos. Pasó en un instante. Opala lo vio, se giró y se interpuso y... ¡oh, Dios mío!... recibió el golpe mortal que me había sido destinado a mí.

No intentaré evocar aquí aquel fatídico momento. Todavía veo su cándido seno desgarrado con una profunda herida, veo sus grandes ojos zambulléndose en la muerte y bañados en lágrimas, y escucho sus últimas palabras interrumpidas por leves suspiros: «muero por ti... te he amado tanto... recuérdame».

Conmovido, con la razón perdida, furioso frente aquello que veía venir hacia mí, quise entonces lanzarme, indefenso como estaba, contra los rebeldes... pero aquellas horribles dentaduras ocupaban todavía mi visión. Las veía allí, largas, blancas, ante mí, con vida propia como los diente de un cadáver, y solo oía aquel sonido sordo, aquel crujido frío y seco que hacían al rechinar los dientes unos contra otros. Me quedé a mitad de camino; algo negro me pasó ante mis ojos y sentí que mis fuerzas me abandonaban... vacilé y caí al suelo sin sentido.

Cuando recobré la consciencia me encontraba encadenado y rodeado por un grupo de ancianos de la tribu de los Dientes Blancos que habían constituido expresamente un consejo de guerra para juzgarme.

Se me leyó el acta de la acusación, en la que se me imputaba el haber querido subvertir las leyes del estado con una interpretación falsa y tendenciosa de las normas que lo regían, de haber despreciado las costumbres del país (costumbres que tenían la consideración de leyes) al negarme a agujerear mi griega nariz con aquel gracioso ornamento de ballena, de haber puesto en gran peligro la tranquilidad y la seguridad de la nación, obligándola, siguiendo la decadencia de mi propio poder, a volver a adoptar la forma primitiva del gobierno, el régimen republicano, o a elegir un rey nacional. Debido a aquellos delitos se consideraba que había perdido el derecho al trono de Potikoros y se me condenaba a la pena de muerte por ahorcamiento.

Se me invitó a que expusiera mi defensa.

—Antes que nada —dije—, no puedo admitir el derecho de este honorable Consejo de Dientes Blancos a juzgarme. Aquí veo representada únicamente a la mitad de mi población. ¿Dónde está la otra mitad? ¿Dónde están los dignos representantes de los Dientes Negros? Pero, aunque así fuera, aunque formaran parte de este consejo, los derechos de un rey no pueden ser puestos en tela de juicio por sus súbditos, así como sus delitos (¡si es que un rey puede cometer algún delito!) no pueden ser ni juzgados ni castigados por ellos. Vine aquí, a un país cuya legislación se había relajado durante un largo interregno, en el que la demagogia comenzaba a difundir sus doctrinas revolucionarias, un país cuyas leyes estaban siendo violentadas por una anarquía imposible de frenar. Vine aquí llamado por el voto popular, invitado por una delegación que representaba a la nación y elegido tras el voto de todos los gobiernos de Europa. Vine a gobernar este pueblo ciego y descarriado que necesitaba ser reconducido bajo un régimen monárquico, vine movido por un puro instinto de humanidad, por un simple espíritu de abnegación. Otras inquietudes e intereses me retenían en Europa. ¡Mi sangre, la sangre de mi padre, es una de las más antiguas y más nobles de entre todas las dinastías de ese gran continente! Tuve piedad de vosotros; yo había venido a traeros el *orden* y la felicidad que reinan en muchas capitales de aquellos estados; me sacrifiqué para cambiar mi gorrito de algodón europeo por un turbante de plumas, a recibir cuarenta millones de asignación, a hacer vida de monarca en este palacio real... hice todo eso por vosotros.... ¿Y cuál es la recompensa que me habéis dado a cambio? No quiero justificarme ya más: la raza de los reyes es una raza especial, y un rey que se precie no podrá admitir en vosotros el derecho a juzgarlo. Los historiadores profesionales y los devotísimos súbditos que nunca faltarán en las generaciones futuras serán quienes me juzguen. He dicho.

Un estallido de feroces risas siguió a mis palabras, mientras de entre la multitud se elevaba una sola voz que gritaba: «¡a la sogá, a la sogá!».

Acto seguido me condujeron al lugar destinado a mi suplicio. Era una sima profunda, inmensa, que se abría en el seno de una montaña; en el fondo de ese abismo, por encima de sus bordes de granito y metal cortante como cuchillas, sobrevolaban bandadas de halcones y águilas.

Me ataron a una cuerda anudada en la punta de un árbol, el cual, inclinándose sobre el abismo, pendía justo en mitad de la sima. Antes de que soltaran la cuerda y me suspendieran perpendicularmente sobre el abismo, aún pude dirigir algunas palabras a los Dientes Negros:

—Os pido —les dije— que mis restos reales sean llevados a Europa para que reciban allí sepultura en la tumba de mis padres. De lo contrario, si no cumplís este mi último deseo, mi nación enviará inmediatamente una flota a bombardear los puertos de Potikoros y adueñarse de la isla.

En aquel momento no pensaba que me fuera posible salir de aquel abismo y que pudiera evitar hacerme pedacitos mientras caía en las puntas de granito que constituían su fondo. Comprendía también perfectamente que mis restos debían de tener de sagrado lo mismo que los restos de una rata de alcantarilla, pues el cuerpo de un rey y el cuerpo de un mendigo producen, a fin de cuentas, el mismo tipo de gusanos. Tal y como había leído en Hamlet, puede pescarse un pez poniendo en el anzuelo un gusano que devoró el cuerpo de un rey y un mendigo podrá comerse ese pez, de forma que el cuerpo del rey acabe en los intestinos del mendigo. Aun así, mi vanidad me empujó a proferir aquellas palabras.

Vanidad inútil, por lo demás, pues los Dientes Negros volvieron a sonreír con esa sonrisa feroz que poco antes me había helado la sangre en las venas, contrayendo los labios en aquel gesto infernal del que no sabría daros una mínima idea sin traer a colación lo que vemos cuando los mastines y las fieras están a punto de abalanzarse sobre una presa, y que nosotros describimos diciendo: enseñan los dientes.

No logré suscitar ningún tipo de duda respecto a mi suplicio.

Me condujeron al borde del precipicio y me empujaron de tal forma que, estando atado a la cuerda, me encontraba suspendido perpendicularmente encima de él. Los caballeros de los Dientes Blancos, mis ministros y las personas de mayor autoridad del estado, estaban apostados en círculo alrededor del borde de la sima, intentado cortar la cuerda que me tenía suspendido lanzándole flechas.

Era un suplicio largo, lento, cruel y tremendamente atroz. Cada trencita de la cuerda cortada se iba arremolinando formando ricitos a un lado y otro de la soga, volviendo cada vez más fino el centro de la misma al que se dirigían las flechas. Después de dos o tres horas de infinitos sufrimientos, la cuerda se había roto por tantos sitios que no sostenía mi peso más que por un par de hilillos.

Curvándome y mirando por debajo de mis pies, veía el abismo negro y profundo que me aguardaba, las aves carroñeras que ya esperaban mis restos para devorarlos y, aquí y allá, los huesos ya blanquecinos de los infelices que habían padecido antes que yo aquel tremendo suplicio...

Un solo hilo mantenía aún la cuerda, las flechas pasaban a mi alrededor desde todos los lados y no acertaban a darle: yo miraba la cuerda y la sima, luego la cuerda, luego la sima, y me acurrucaba en el aire, me doblaba, como si haciendo eso pudiera librarme de caer al fondo del abismo.

No sé cuánto duró aquella agonía. De repente una flecha acertó en la cuerda, la rompió, me precipité al vacío, solté un grito de horror y... oh, ¡Dios mío!... al despertarme me encontraba en mi propio lecho.

—¡Qué vergüenza! —me dijo Electra apoyada con sus codos en el cabezal de mi cama—. Estás durmiendo desde ayer, desde hace veinticuatro horas...

—¡Veinticuatro horas!

—Sí, con esta costumbre tuya de beber... estaba a tu lado velándote inquieta.

—¡Veinticuatro horas! —me repetí a mí mismo totalmente aturdido: un sueño de un día, entonces ahora...

—Es por la tarde. Has dormido un día entero.

—¡Un día!

Así es que entonces, mis lectores, ¿aún dudáis de que fui rey por un día y de que esta es la historia de veinticuatro horas de mi vida?

Iginio Ugo Tarchetti, *En busca de la muerte*

Hace algunos años, en un viejo edificio de la calle Recourse de Londres conocido con el nombre de *Casa de los Juegos de Azar*, se reunían cada tarde todos los elegantes jóvenes del barrio llamados comúnmente *Reckless-men* para apostar algunos miles de libras jugando al *whist* o a las cartas, pero, sobre todo al *juego de los diamantes*.

Los *fashionables*, los jóvenes modernos de ese barrio, después de cabalgar por las calles de Regent's Park o de practicar la esgrima en los salones de Mr. Wooden, el célebre espada-chín, o tras haber competido en las regatas del Támesis, tenían con frecuencia ataques de *spleen* tormentosos, horribles instantes de aburrimiento, de ese aburrimiento frío, lleno, profundo y mortal que no pueden experimentar más que los ingleses y que tanto se parece a su cielo, a su lluvia y a su perenne niebla. Era natural que sintieran, pues, la necesidad de sensaciones más vivas, de emociones más excitantes y que, no pudiendo procurárselas de otro modo, fueran a buscarlas en el juego. El carácter de los ingleses es frío y sosegado, pero en el fondo de su corazón siempre hay algo de palpitante y vivo. Ellos sienten y padecen constantemente, muy a su pesar, el peso de su naturaleza lenta e inflexible; las mayores excentricidades de los ingleses no indican por lo general más que el límite extremo de los inmensos esfuerzos que hacen para dominar y vencer esta tendencia. Y si es cierto que la querencia al dinero constituye una de sus pasiones más tenaces, también lo es que el juego, uno de sus medios más comunes para multiplicarlo o perderlo, les ofrece sin duda una fuente de emociones potente e inmensa.

He aquí por qué los jóvenes del barrio *Reckless-men* se juntan con sumo gusto en las salas de la *Casa de los Juegos de Azar* en las largas tardes de invierno, para sacudir su alma paralizada por la atonía, para revigorizar de algún modo su sensibilidad con el roce de los dados del *whist* o con el peligroso juego de los diamantes.

Hemos dicho los jóvenes, pues entre los ingleses de más edad esta manía de correr tras emociones fuertes ha quedado ya lejos; una vez superado ese período de excentricidad, un inglés de cuarenta años es la personificación misma del positivismo, es la viva encarnación del cálculo... solo los jóvenes pueden jugarse a un as de oros o a un sota de bastos una buena herencia o una fortuna acumulada durante años de inversiones y trabajo.

¡Cuántas fortunas se han evaporado o echado a perder de este modo! ¡Cuántos de esos elegantes jóvenes, que por la tarde entraron en ese salón de Recourse-street con una bolsa llena con cien mil libras, acabaron saliendo más pobres que el último obrero de Londres y terminaron embarcándose al día siguiente en un barco postal hacia la India con un puesto de tercera clase con la idea de intentar reconstruir su fortuna perdida! Se ve en esto, en concreto, lo que hay de singular en los jugadores ingleses: que no arriesgan una pequeña suma, una mísera parte de sus propiedades, sino que ponen también en el juego toda su valentía y su juicio. Ahí va una carta con la que se apuesta cien mil francos. Uno, dos tres; uno, dos, tres; el siete de tréboles y la reina de corazones, el as de diamantes y el rey de picas. Nada, se dobla la apuesta, nada; se vuelve a triplicar, y nada... ¡no hay problema! Mañana uno se va a Hang-King o a Calcuta, confiado, imperturbable, tranquilo; se hacen negocios con el caucho, con los dátiles, o con los pétalos de clavel; se monta una industria de abalorios, se perfecciona un tejido, se inventa una máquina, se compra a mitad de precio un pedido para los campesinos... y la fortuna ya se ha recuperado. Entonces se vuelve y se dice: yo soy ese inglés que hace ocho años dilapidó su propiedad jugando a las cartas; hoy vuelvo con el doble de mi capital y con un

inmenso crédito en el exterior; mis relaciones comerciales me aseguran que en pocos años tendré una importante cuenta corriente.

En este punto de su vida, el inglés ya no juega más, deja ya de buscar nuevas emociones; vuelve a ocupar su espacio en la familia y en el orden social, frecuenta la bolsa, hace que lo elijan miembro de cualquier asociación democrática y lega a sus legítimos herederos un patrimonio de medio millón de guineas.

País singular en el que todo lo grande es extraordinario, donde también en el vicio se encuentran las huellas de una virtud no común, donde se reverencia el genio y se santifica el trabajo, donde en cada hombre hay tantos derechos como deberes y una gran consonancia en sus aspiraciones. Considerando en muchas ocasiones el carácter de mis connacionales, estudiando sus peculiaridades y sus gustos, comparándolos con el alemán grave y melancólico, con el inglés docto y laborioso, con el francés sencillo y culto... me he acabado avergonzando de la frivolidad general de los italianos... ¡Oh! ¿Por qué no habré nacido bajo aquel cielo severo y melancólico de Inglaterra, donde los hombres nacen libres, nobles y dignos?

*

No hace muchos años que en la *Casa de los Juegos de Azar* se perdió en el juego una de las fortunas más grandes de Inglaterra. Era una tarde triste y lluviosa, las calles de Londres estaban desiertas, los teatros permanecían cerrados y los clubs prácticamente vacíos. El joven barón de Rosen, sin saber cómo quitarse de encima el mal tiempo y el aburrimiento, entró, a su pesar, en esa casa en la que había ya hecho evaporar considerables sumas y donde había resuelto unos pocos días antes no volver a poner nunca más los pies. Pero las buenas propuestas de los jugadores son tan lábiles como las de los amantes: entre el juego y el amor existen paralelismos muy definidos; el amor no es más que un juego, el juego no es más que un amor al dinero; amor y dinero constituyen las dos pasiones más ardientes del alma humana y participan ambas en la misma medida de todas esas debilidades que son propias de nuestra naturaleza.

El barón de Rosen había vuelto, pues, a una de esas salas y se había sentado en una mesa ocupada ya por un buen número de parroquianos. En aquella estancia reinaba un silencio absoluto tan solo interrumpido por el tintineo de los dados, el ruido de las cartas sobre el tapete o el crepitar del fuego en la chimenea; los cigarros y las pipas exhalaban nubes de humo entre las que surgían confusamente los rostros calmos e impassibles de los jugadores.

La llegada de Rosen no fue advertida más que por el leve crujido de otra silla que vino a colocarse a un lado de la mesa. Los vecinos levantaron los ojos, se saludaron moviendo la cabeza y continuaron con su juego. Se podría decir, en cualquier caso, que estaban esperando algún tipo de sustanciosa ganancia del recién llegado, pues le miraban fijamente por el rabillo del ojo y parecía que esperasen que les pidiese cartas por la suma total que había sobre el tapete frente a la banca. Aquella iba a ser, de hecho, una triste velada para Rosen. La apuesta era de un millar de libras esterlinas. Rosen se sacó la cartera del bolsillo, sacó algunos billetes y, poniéndolos sobre la mesa mientras los señalaba con el dedo, dijo:

—¡Cartas!

La banca le repartió tres a él y se dio tres a sí misma.

Rosen las examinó desplegándolas con una sola mano, pues la otra la llevaba constantemente en el bolsillo. En cuanto su adversario le dio la vuelta a las suyas, dijo:

—¡Nada!

Y colocando de nuevo varios billetes en la bandeja añadió:

–Doblo.

Se le dieron nuevas cartas, pero la fortuna volvió a serle desfavorable. El barón vació sus bolsillos sobre la mesa y repitió con el mismo tono de voz:

–Doblo.

Los espectadores se agruparon alrededor de él en círculo; el juego comenzaba a tener cierto interés y a perturbar en cierto grado aquellos impassibles rostros. El semblante de la banca aparecía, aunque se esforzase en ocultarlo, visiblemente alterado. El barón de Rosen había vuelto a poner una mano en el bolsillo, mientras que con la otra apretaba la punta de un puro que todavía no había tenido ocasión de fumar.

Tal impassibilidad en el juego puede llevar a grandes resultados, aunque generalmente no conduce a nada. La fortuna tiene sus propias reglas y aquella tarde Rosen estaba predestinado: volvió a perder.

Hubo un momento de duda; se comprobó la suma... trescientos mil francos. El vencedor miró al barón como diciéndole con la mirada: «¿continuamos?», y este, señalando con un dedo su cartera ya vacía en el tapete, miró de lado a la banca como queriendo preguntar: «¿se juega a crédito?».

Cuando la banca le dio a entender con un gesto que estaba conforme, el barón sacó la mano del bolsillo, deshizo el cigarro con los dedos y, tirándolo al suelo mientras acercaba la silla a la mesa, dijo:

–A todo o nada.

Se volvieron a repartir las cartas... y fueron igual que las otras, nada que hacer. Rosen se enderezó y, como si le animase una inspiración infalible, dijo:

–Doblo la apuesta.

Se repartieron las tres cartas: la banca tenía un siete y dos sotas; el otro, una dama y dos ases. Rosen había perdido.

Se dejó caer en la silla, se quedó un instante pensativo y luego, volviendo a encender otro cigarro, dijo:

–Veamos si la suerte se apiada un poco de mí; me juego mi propiedad de Littleford contra la suma total que está depositada ahora mismo en la banca.

En este punto, su adversario pareció titubear. Algunos amigos se le acercaron y le dijeron:

–Rosen, modérese.

Pero la buena estrella de Rosen había acabado. También este gesto le fue desfavorable: perdió su propiedad de Littleford.

Una viva emoción pareció despertarse entre los que apostaban. La banca, asumiendo ese aspecto mortificado y displicente de los que vencen en el juego, dijo con palabras entrecortadas e indecisas:

–Veo que la suerte con las cartas le es contraria y no quisiera aprovecharme demasiado... si desea parar o cambiar de juego... probar con los dados, o con otro tipo de baraja, o...

–La mosca –le interrumpió Rosen.

–La mosca –dijo el otro jugador sumándose.

Y recogiendo el dinero depositado en el tapete, se levantaron y entraron en otra sala.

El barón y su adversario se sentaron y pidieron dos vasos de cerveza doble, los cuales les trajeron junto a un vaso lleno de pequeñas tablillas de marfil.

–¿Cuánto cada una? –preguntó el rival de Rosen.

–¡Mil libras esterlinas! –respondió el otro.

Cuando se las habían dividido en partes iguales, derramaron frente a ellos una gota de cerveza de igual tamaño, al tiempo que apoyaban los codos en la mesa, ponían la cabeza entre sus manos y le decían al camarero:

–Estamos listos.

El camarero, tras comprobar que las gotas eran de iguales dimensiones y que la luz era igualmente favorables a ambos, advirtió a los jugadores que no alteraran su respiración y a los que apostaban que se abstuvieran de cualquier movimiento si no querían pagar el montante de la apuesta. En ese momento, tocó un cordón que pendía de pared a pared e hizo girar un ventilador, provocando que algunas de las moscas que cubrían de nubes el techo alzarán el vuelo y fueran a posarse en la mesa, mientras otras volaban por la estancia zumbando.

Una gran ansiedad se reflejó entonces en todos y cada uno de los rostros, mientras sus ojos seguían con impaciencia las distintas direcciones de los pequeños insectos. Tres de ellas habían empezado a revolotear alrededor de la gota de Rosen, pero acabaron posándose en la de su adversario.

Era una fatalidad desesperante: el barón le dio al vencedor tres tablillas de marfil. El camarero, tras espantar a las moscas sacudiendo una rama de helecho por encima de la mesa, dijo:

–Volvamos a empezar –y movió de nuevo el ventilador.

Una mosca descendió en ese momento directamente desde el techo para acabar posándose en la desdichada gota de Rosen, pero otras siete fueron a parar en ese mismo instante a la de su rival.

Rosen le pasó otras seis piececitas.

Decididamente, no estaba destinado a vencer. Jugó hasta bien entrada la noche... siempre con la misma suerte. Por la mañana, todas las tablillas habían pasado ya a su adversario. Rosen había perdido su hermosa propiedad de Littleford y dos millones y medios de libras.

Su fortuna se había esfumado.

*

Al dejar la *Casa de los Juegos de Azar* para dirigirse a su casa, Rosen cruzó uno de los puentes del Támesis y se apoyó un instante en la barandilla. Vio el sol que ya iba saliendo rodeado de niebla, las barcas que se deslizaban a lo largo del río y los techos de las casas cubiertos de esquisto color plomo... la naturaleza parecía inquieta y enferma, y pensó que la vida era triste y que las olas del río eran profundas.

Una voz interior le decía al oído: «Rosen, estás perdido; examina bien tu posición; suma las graves pérdidas de hoy a las del ayer y verás que no te queda más que una quinta parte de tu fortuna; esas moscas te han arruinado. ¿Qué vas a hacer aquí, ahora, en un país en el que se desprecia la pobreza? ¿Qué harás, incapaz de cualquier tipo de trabajo físico o mental; tú, barón, honorable, incluso envidiado, a quien todas las bellas muchachas de Redstreet aún miran con envidia? Mira, el mundo es como es; a todos nos llega una hora aciaga, y la tuya ya ha llegado. Es necesario buscar el mejor remedio posible. Un joven que no perteneciese a la ilustre familia de los Rosen se volcaría en la creación de negocios y en trabajar, pero tú eso no lo puedes hacer. No tienes remedio... ¡Fíjate cómo discurre el Támesis, qué profundidad ocultan sus olas, qué silencio reina allá abajo en el fondo, qué paz! ¿Qué crees? Desde esta barandilla al agua no debe de haber más que unos treinta pies ingleses... es cosa hecha, tanto como vaciar un vaso de *grog*: decídete, Rosen, coraje, Rosen, tírate del puente».

Rosen estaba a punto de lanzarse cuando, de repente, recordó que tenía una mujer de no más de veintidós años a la que, con su viciosa conducta había arruinado no solo la juventud, sino también la fe, y cuya inmensa fortuna en forma de dote había en gran parte dilapidado.

Su mujer pertenecía a una familia noble de Dublín. Se había casado con Rosen por amor. Se habían conocido tres años antes en un viaje que el barón hizo a Irlanda; la mente fantasiosa de la muchacha, incendiada con las lecturas de las novelas de Walter Scott, había creído ver en él ese ideal de hombre que hasta aquel preciso momento había estado buscando en lo más íntimo de su corazón. Le creyó por lo mismo por lo que una mujer cree todo lo que quiere creer del hombre que ama, porque Rosen era hermoso. La belleza, a los veinte años, ejerce un gran atractivo.

Él era, de hecho, uno de los jóvenes más encantadores de Londres. Era alto y delgado, proporcionado, tenía el pelo largo y rubísimo, unos ojos grandes y azules, y vestía con ese toque de dejadez tan buscado por los *fashionables* ingleses, los únicos que, tanto por el cultivo del ingenio como por firmeza mental, se diferencian en gran medida de esa clase corrupta y viciosa de la sociedad que suele llamarse mundo refinado. Dejando esto de lado, Rosen cabalgaba como un experto jockey, manejaba la espada y el sable, y no había quien pudiera hacerle morder el polvo en un duelo, era buen tirador, podía atravesar a nado el Támesis, y poseía, además, una virtud que no es común entre los ingleses, cantaba con gran dulzura y tocaba el arpa con un gusto y una sensibilidad propias de un artista.

Todas estas virtudes le hicieron creer a Emilia Strafford que su marido debía tener también un corazón; ciertamente no se engañaba, Rosen tenía uno y no era malo. Pero aquellas tristes costumbres suyas, aquella continua despreocupación, aquella insatisfacción ante todo, aquel deseo de emociones siempre nuevas, lo habían vuelto, si no ignorante, sí al menos indiferente a sus más sagrados deberes, lo habían vuelto ajeno a las castas y alegres bondades de la familia.

Hay muchos hombres de los que se dice «tiene un gran corazón» y que luego, sin embargo, acaban siempre lejos de las personas que aman, las compadecen, pero nunca son capaces de ir a socorrerlas con un consejo o con un muestra de sacrificio, y acaban dilapidando su fortuna o haciendo gala de un egoísmo cruel. Son hombres capaces de un arrebató puntual de virtud, pero no de ejercer la virtud de forma continua.

Estos hombres constituyen uno de los grupos más numerosos de la sociedad, un grupo cuyas mujeres, como decíamos, son casi siempre las víctimas. Sin ningún tipo de duda, son mejores esos jóvenes fríos y calculadores de los que se suele decir con desprecio: «¡No tiene corazón!».

Emilia Strafford, aunque de naturaleza débil e ingenua, no tardó en darse cuenta del difícil temperamento de Rosen y de su carácter turbulento e inquieto. Ella no lo amaba menos por ello; por una extraña contradicción del corazón humano y por la necesidad que este tiene de contrastes, de compartir un lecho y también, con frecuencia, el dolor, hombres como este suelen ser los preferidos de las mujeres. Aun así, Emilia lo amaba, aunque sin alegría, sin esperanza; vivía su cariño mismo como un pulsión impuesta a la que nunca podría renunciar.

Desde luego, ese no era el modo con que le gustaba ser querida por su marido. Rosen se pasaba con frecuencia días y noches enteras sin verla; hacía pequeños viajes, muchas veces planeados de forma imprevista en reuniones de amigos, y sin más se marchaba con ellos sin avisar a su mujer. Dos veces lo habían devuelto a casa cubierto de heridas causadas durante un duelo, otra vez se cayó del caballo haciendo un salto y se había destrozado un brazo. Durante esas horas de ausencia, Emilia vivía presa de una inquietud mortal, mientras que, por

otro lado, esas desventuras no dejaban de ser el único pretexto que la acercaban a él de un modo afectuoso y duradero. Porque, estando enfermo, Rosen era bueno, comprendía el silencioso sufrimiento de su mujer, su cálida y piadosa preocupación por él, ese cariño firme y delicado.

De tanto en tanto, en los momentos de mayor efusión, le decía:

–Perdóname, Emilia, a partir de ahora seré mejor.

Pero cuando recuperaba la buena salud, todas sus buenas intenciones se desvanecían; poco a poco había ido experimentado un gran desagrado por todo, la necesidad de nuevas emociones le había llevado al juego; había perdido, le había hecho perder gran parte de su patrimonio e introducir duras restricciones en la economía doméstica. Estos cambios habían alejado a su mujer de esa elegante sociedad en la que había sido, con justicia, una de las bellezas más notables y la habían forzado a un penoso aislamiento, a un sistema de vida mucho más modesto y oscuro. Rosen había visto todas aquellas privaciones, había experimentado las suyas propias, y viéndolo se había vuelto melancólico y triste. Había intentado olvidarlo todo, había desatendido su casa: sus sirvientes llevaban las libreas hechas harapos, sus caballos languidecían desde hacía tiempo en los establos, sus perros dormitaban todo el día junto a la chimenea, él mismo rehuía a sus amigos, los clubs, los teatros, cualquier tipo de distracción. No vivía más que por y para la pasión fatal por el juego.

Y ahora... ¿qué había hecho? Había perdido esa gran propiedad de Littleford que pertenecía a su mujer y que había constituido su única dote; había perdido prácticamente casi toda su fortuna. ¡Cómo lo podría remediar!

Esto es lo que le rondaba a Rosen por la cabeza mientras se apoyaba en la barandilla del puente y pensaba si podría seguir afrontando aún la vida en medio de aquellas desventuras. El recuerdo de Emilia le volvía con una insistencia lacerante, con una exactitud y unos detalles desgarradores. La veía afligida, descorazonada, llorosa; todavía joven y ya marchita de dolor; todavía hermosa y obligada a rehuir la sociedad, a ocultarse en su aislamiento y a lamentar, en la pobreza y el abandono, las penas de una precoz viudedad.

–No –se dijo a sí mismo negando con la cabeza–. Pase lo que pase, no me suicidaré. Si estuviese yo solo y estas aguas fuesen más profundas que las de Foreland, me tiraría de cabeza hasta el fondo, pero así, con mi mujer, ¡ah!... no, no seré yo el asesino de mi mujer... vayamos a casa, vayámonos a la cama, durmamos y mañana veremos qué se puede hacer.

Y esa voz que le había reprendido poco antes volvió insistente: «Tienes razón, Rosen, bravo; sé juicioso, vete a casa y métete bajo las sábanas; tu sueño estará lleno de buenos pensamientos, todo lo remediará el sueño y, si no es así, el Támesis no desaparecerá por ello; siempre tendrás tiempo para volver y tirarle a él».

Rosen se dio la vuelta y se dirigió a casa. De camino, uno de aquellos chavales que van por las calles de Londres repartiendo esos anuncios que entre nosotros se suelen pegar en las paredes, le puso entre las manos un folletito de color rosa. El barón lo cogió, leyó la primera página sin entender una palabra y se lo metió en el bolsillo.

Cuando llegó a su habitación cerró los postigos, se desnudó con prisa, tiró sus ropas aquí y allá por la habitación, entró de mala gana en la cama, se dio las noches a sí mismo y, echándose la colcha hasta las orejas, decidió no pensar en nada hasta el día siguiente e intentar dormir.

*

Pero el sueño no llegaba. Era inútil: daba vueltas de un lado para el otro, le parecía que las sábanas estaban cubiertas de espinas; cerraba los ojos y se veía a sí mismo frente a la mesa de

juego, frente al montón de billetes perdidos y frente a aquel rostro oscuro e impasible de su vencedor mirándole de lado. Y volvía a escuchar el zumbido de aquellas moscas que, por alguna razón inexplicable, habían decidido ir a posarse indefectiblemente sobre la gota de su rival. Estuvo soñando así, con los ojos abiertos, durante dos horas; luego se levantó y empezó a vestirse sin saber bien qué hacía o qué iba finalmente a hacer. Metió las manos en los bolsillos y, encontrando el folletito que le había dado aquel chaval en el puente, lo sacó y lo leyó: *Reglamento de la Sociedad Aseguradora. Normas para asegurarse, etc.*

Levantó los hombros molesto, hojeó algunas páginas y empezó a leer:

«Art. 24. *Cualquier persona puede hacerse un seguro de vida y abrir una renta vitalicia de acuerdo a la mayor o menor renta anual que se pretenda destinar a la persona asegurada, según el prospecto anexo.*

Art. 25. El pago de una sola cuota da derecho al total de la renta convenida, cuando la muerte del individuo que ha abierto la póliza tenga lugar de forma natural y no por voluntad de la persona misma».

Rosen pensó que lo había entendido mal, no podía creer que fuera cierto... Lo volvió a leer: *Cualquier persona puede hacerse un seguro de vida y abrir una renta vitalicia, etc.*, y más adelante: *el pago de una sola cuota da derecho al total de la renta convenida, siempre y cuando la muerte del individuo... tenga lugar de forma natural.*

Rosen lo entendió, lo vio, lo adivinó todo, decidió... un nuevo horizonte se abría ante sus ojos. No había lugar a dudas, todavía podía remediar su error, salvar a su mujer de una ruina inminente, resarcirse ante ella de todos los sufrimientos y de todas las privaciones a los que la había condenado su conducta. Acabó de vestirse con una especie de frenesí, dejó su casa y corrió derecho a la oficina de la Sociedad Aseguradora.

–Vengo –dijo presentándose al director de la Sociedad– a hacerme un seguro de vida en favor de la baronesa Emilia Rosen-Strafford, mi mujer, nacida en Dublín, sin hijos y de veintidós años.

–De acuerdo –le respondió el director–, pero es necesario, antes de formalizar la póliza, que el señor barón sea sometido a una revisión médica.

Y señalándole una puerta a su derecha sobre la que figuraba el rótulo *Certificados sanitarios*, le invitó con la cabeza a que entrara.

Rosen salió pocos instantes después con un documento entre las manos que entregó al director, el cual leyó en voz alta: «Declaramos que el barón Alfred Rosen, originario de Londres, de veintinueve años de edad, presenta todos los requisitos de una constitución sanísima; su tensión arterial es correcta, tiene un notable desarrollo muscular, sus órganos están perfectos y no tienen ninguna malformación; ha pasado las oportunas vacunaciones y está en condiciones de alcanzar una edad avanzada. Ante nuestras preguntas, ha declarado tener una forma de vida regular, algo que trasluce su estado de salud actual y viene a confirmar, dentro de lo que permiten los estrechos límites de la ciencia, las afirmaciones antes referidas».

El director se mostró satisfecho tras la lectura y dijo dirigiéndose al barón:

–La mayor renta vitalicia que nuestra Sociedad asume asegurar es de treinta mil libras esterlinas anuales. Teniendo en cuenta su edad y constitución, debería pagar unas cuotas anuales anticipadas de quinientas setenta y dos libras con dos chelines y medio, según podrá comprobar en lo dispuesto en los artículos 32, 42 y 44 de nuestro Reglamento.

Rosen nunca hubiera esperado unas condiciones tan cómodas y favorables; las aceptó todas, firmó finalmente el contrato, pagó la primera cuota y, tras recibir el comprobante, se despidió del director.

Antes de salir, este le dijo:

–Consideramos que es inútil recomendar al señor barón Rosen la escrupulosa observancia del artículo 54, en el que se aconseja a las personas aseguradas que presten la mayor atención posible a su salud y donde se prohíbe, asimismo, poner en peligro una vida tan valiosa para nuestra Sociedad, a no ser que esté justificado por un deber humanitario universalmente patente o por una cuestión de honor.

Cuando llegó a casa, Rosen se presentó ante su mujer con una incipiente sonrisa en los labios. Abrazándola con ternura, le dijo:

–Querida Emilia, han caído sobre nuestra economía doméstica las complicaciones más extrañas e impensables. Esta noche he perdido jugando a las cartas y a la mosca tu parque y tu castillo de Littleford, así como gran parte de mis tierras de Kingston. En todo caso, he encontrado un modo de asegurarte una renta anual vitalicia de treinta mil libras a partir de este mismo año. Además, me he embarcado en un viaje a Italia en el que encontraré, definitivamente, la tranquilidad económica y la paz que necesito. Te pido que escuches con el mayor silencio posible esta confidencia y todo sobre lo que te voy a contar sobre este proyecto, como también que me permitas omitir ciertos detalles. En unos días recibirás un contrato formal que te asegura la renta de la que te he hablado, así como mi primera carta desde Dover, donde embarcaré en dirección a Calais. Abrázame, querida esposa; te he hecho mucho mal, pero espero compensarte. Abrázame con ternura... partiré esta misma tarde, sabiendo que, aunque un viaje como este que estoy a punto de emprender no ofrece nada de peligroso o de extraño, Italia no deja de ser una tierra de granujas, llena de mujeres infieles y de hombres de mala fe... y nunca se sabe qué puede pasarle a alguien que la visite.

Diciendo esto, Rosen, conmovido muy a su pesar, se deshizo del abrazo de su mujer y, encerrándose en su cuarto, le escribió a su amigo Edoardo Barth la siguiente carta:

«Querido amigo,

Te doy con esta carta mi último adiós. Me he arruinado en el juego. No me quedaría en la vida más salida que suicidarme si no fuera porque el art. 54 del Reglamento de la Sociedad Aseguradora me obliga a morir de muerte natural. Parto esta tarde mismo para Italia. Ocúpate de mi mujer, la buena Emilia Strafford, cuya dote he dilapidado y a la cual estoy a punto de garantizar una renta vitalicia de treinta mil libras a cambio del sacrificio de mi propia vida. El reglamento que te adjunto lo explicará todo; voy a hacer que me maten, todavía no sé por quién ni cómo, pero imagino que no me resultará difícil poder morir de modo que eluda las inoportunas disposiciones de ese artículo.

Creo que mi mujer siente cierta simpatía por ti; así es que cuando me muera, confortarías mi alma si te casaras con ella y le dieras a entender que he muerto para remediar el estado al que la ha llevado mi vida disoluta y, al mismo tiempo, intentar resarcirla por la pérdida de su propiedad de Littleford, la cual me he jugado esta misma noche a la mosca.

Tu amigo
Alfred Rosen»

*

Aquella tarde Rosen compró un billete de primera clase para Dover. Acurrucado en una esquina del carruaje, se subió las solapas del abrigo hasta las mejillas, se caló el sombrero hasta los ojos, se metió las manos en los bolsillos, se dejó caer el abrigo sobre el pecho y empezó a pensar en cómo sería posible hacerse matar y si le convenía más esperar hasta llegar a

Italia o si era mejor aprovechar la primera ocasión que se le ofreciera durante el viaje. Después de dudarlo un rato, se decidió por esta última opción.

Pero era muy fácil decirlo... aprovechar la primera ocasión que se presentase. Estas ocasiones no vendrían por sí solas, haría falta buscarlas, preverlas, provocarlas; y, es más, hacer todo ello sin que se viese ninguna sombra de premeditación o de culpa. Rosen sabía que no sería tan fácil. Había que intentar que le provocaran y, aquí, las posibilidades eran muchas: bastaba comportarse de forma brusca e insultante y seguro que se toparía con alguno de esos a los que a la mínima se les sube la sangre a la cabeza y te retan. Aun así, no quería desafiar a ningún hombre inocente, al igual que tampoco deseaba comprometer su buena fama de espadachín. Además, el art. 54 parecía que no consideraba válido ningún tipo de duelo que no estuviese provocado por una cuestión de honor. Quedaba la opción de verse envuelto en algún peligro, de estar presente en la emboscada de algún robo, verse envuelto en una revuelta, lanzarse de cabeza a un incendio o a un río con el pretexto de querer salvar a algún inocente, que le pillara justo debajo el derrumbe de un edificio, coger alguna enfermedad contagiosa, una caída, una herida mortal... pero todo eso dependía en gran medida de la fortuna y, digámoslo directamente, aunque Rosen no tenía miedo a la muerte (¡había pensado en ella en al menos dos ocasiones ese mismo día!), sí quería evitarse el dolor... morir, sí, lo quería firmemente, pero de forma súbita y sin dolor.

Ni la muerte es algo tan sencillo como se cree, ni la vida es tan pertinaz y segura como unánimemente se piensa.

Mostradme algo que esté más cerca de la muerte que el dolor y, luego, mostradme un dolor del que se pueda morir. Se dice con frecuencia: «este sentimiento me mata, acabaré muriendo por él, moriré de esto o de esto otro», pero uno no se muere nunca de esas cosas que uno pensaba que le llevaría a la muerte. Parece que a toda la naturaleza la mueve un juego de contrastes, una ley, un espíritu de contradicción inmutable. Echad la vista atrás y veréis que vuestra vida, vuestro trabajo, vuestros sentimientos, no han sido más que una serie de contradicciones continuas. ¿Queréis vivir? Morid. ¿Deseáis morir? Tendréis una vida larga y ocupada. ¿Qué es esta infelicidad de la que los hombres se lamentan? ¿A qué se refiere esta eterna elegía de dolor que la humanidad eleva al cielo desde hace siglos, si no es este formidable impulso de contradicción que nos gobierna? La contradicción es el salto, el motor, la lucha, el resultado de dos fuerzas misteriosas en cuya unión reside, tal vez, el secreto de la vida universal. Ciertamente, si del conocimiento de nuestros destinos podemos deducir algunas ideas sobre quiénes gobiernan otros mundos y otras criaturas y aventurarnos en lo desconocido, podemos sin duda afirmar que el universo no es más que una enorme contradicción.

Mientras Rosen le daba vueltas a estos pensamientos, alargó maquinalmente una pierna y puso el pie, sin quererlo, encima del de otro viajero que estaba sentado enfrente. Él no se dio cuenta pero, pensando Rosen que aquello podría dar lugar a algún tipo de discusión propicia a sus proyectos, no lo quitó; es más, dirigió a su vecino una mirada llena de rencor como queriendo decir: «¿¡No osarás quejarte!?».

Pero el de enfrente retiró el pie y, mirando al barón Rosen con expresión dulce e indiferente, le dijo:

–Discúlpeme si he puesto mi pie sin darme cuenta debajo del suyo.

–No ha sido usted el que ha puesto su pie bajo el mío –respondió Rosen con resentimiento–, he sido yo quien ha puesto el mío sobre el suyo.

Al instante, en cuanto comprendió lo pueril y ridículo de su pretexto, agachó la cabeza para esconder el rubor que notaba se iba extendiendo por sus mejillas.

–¡Santo Dios! –continuó el otro–, ¿será posible que dos hombres sensatos puedan llegar a discutir por esto? En todo caso, permíname si insisto, pero si afirma haber puesto su pie sobre el mío, es porque el mío se encontraba, sin lugar a dudas, debajo. Este punto está totalmente claro. Por lo demás, mi pie estaba ahí desde hace un rato, mientras que el suyo lo ha puesto al acomodarse... está, pues, más claro que el agua que ha sido el mío el primero que ha causado este encuentro y el que ha ido a parar bajo el suyo. Pero me doy cuenta de que está preocupado por algún penoso pensamiento. Hace rato que le observo y que siento dentro de mí un vivo interés por usted. ¿Qué le sucede?, si es que me permite hacerle tal pregunta. ¿Me sería posible ayudarle?

Mientras decía esto, aquel magnífico caballero cogió una mano de su vecino, la apretó entre las suyas y, quitándose las gafas de la nariz, lo miró con tal gesto de afecto que Rosen se sintió súbitamente conforme y dispuesto (con ese alivio que siempre nos procura confesar un gran dolor) a compartir su secreto con él.

Por lo demás, aquel desconocido tenía un aspecto tan dulce, tan leal y tan abierto, que incluso inspiraría la confianza más grande al hombre más desconfiado.

Parecía tener unos cincuenta años, tenía unos bigotes largos y canos, pómulos sobresalientes de un color rojo vivo y unos ojos grises escudriñadores. Vestía bien, aunque austero; llevaba un pañuelo blanco y ancho que le rodeaba dos veces el cuello y cuyas puntas a duras penas llegaban a juntarse en un nudo central; vestía un chaleco verde a rayas y un ancho abrigo con solapas de piel. Continuamente se pasaba de una mano a la otra un largo bastón de caña acabado en un grueso mango dorado.

–Sí, usted podría serme ciertamente de ayuda –le dijo Rosen respondiendo a su oferta.

–¿De qué modo?

Rosen se inclinó hacia él y le dijo al oído una sola palabra que le hizo estremecerse.

–¡Cielos! –exclamó el otro–. ¿Lo dice seriamente? ¿Y por qué motivo?

–Escuche –respondió el barón volviendo a hablarle al oído.

La conversación fue larga y animada; el desconocido se mostró afligido y sorprendido por lo que le contaba Rosen. De tanto en tanto le decía algunas palabras que parecían indicar su desaprobación o expresar un consejo. Pero, al fin, empezó a mostrarse casi convencido y abrumado por la aplastante lógica de Rosen, quien seguía hablándole al oído afectuosamente. Apartándose un poco, como si hubiese agotado esa parte de su confidencia que implicaba secreto y silencio, le preguntó en voz alta:

–¿Y ella lo ignora?

–Lo ignora.

–Pero convendría que lo supiese.

–Se lo he encomendado a un amigo.

–Bien, yo mismo me hubiera encargado de ello. De todos modos, si a usted no le importa, yo podría seguirle para poder contarle más adelante la manera en que ha llevado a cabo su proyecto.

–Eso es lo que deseo. Le ruego que le escriba una carta, cuando llegue el momento, con el relato exacto de mi fin.

–De acuerdo –le dijo–. Por cierto, ¿adónde va?

–No tengo un destino fijo... pensaba ir a Italia, pero casi... ¿Y usted?

–Yo tampoco tengo un trayecto concreto, viajaremos juntos.

–¿Cómo se llama?

–Benvenuto Lampert.

–Me viene usted que ni pintado.

–Estupendo. Ahora que le conozco, me molesta que vaya a perderle tan pronto. Pero, ¿dónde contaba usted con quedarse esta noche?

–En Dover.

–Justamente ahora mismo estamos llegando –dijo Lamperth escuchando el silbato de la locomotora–. Es un pueblo de discutidores, este de Dover, seguro que saca algo de provecho –añadió en voz baja mientras se le acercaba de nuevo al oído.

En cuanto dijo esto, el convoy se paró. Rosen bajó con su compañero, se metió con él en una carroza e hizo que le llevaran al *Chicken's hotel*.

Una vez en la habitación, le dijo a Lamperth:

–Es lo mismo morir que hacerse sacar un diente; en el momento en que empieza a doler y que debe extraerse, lo mejor es que se haga lo antes posible; y ya que usted me dice que este es un país de pendencieros, cuento con intentar esta misma tarde llevar a cabo mi plan.

Rosen tocó la campanilla del servicio, pidió papel, pluma y tinta, y escribió la siguiente carta:

«Querida Emilia,

El señor Benvenuto Lamperth te hará llegar esta carta que te escribo desde Dover. Mi amigo Edoardo te dará a conocer las condiciones de ese plan con el que pienso sustraerte a las terribles exigencias de nuestra ruina económica. Lamperth completará estas noticias informándote de los detalles de mi muerte. Espero que este sacrificio que hago pueda disculpar todas las crueles injusticias de este tu marido.

Alfred Rosen»

Plegada la carta en cuatro, se la dio a su compañero diciéndole:

–Tengo hambre, bajemos; se escuchan bajo las voces de gente que está bebiendo y tengo ánimos para meterme con alguno de ellos y ponerme ya manos a la obra.

Dicho esto, bajaron al comedor.

*

Era una sala elegante y espaciosa, iluminada por algunas viejas lámparas de techo adornadas con colgaduras de cobre y cuentas de cristal. La estancia estaba decorada con algunos paisajes marinos de Viardot descoloridos por el tiempo. Alrededor de las paredes había dispuestas grandes mesas de madera de encina cubiertas de manteles a cuadros rojos y azules, esos viejos manteles alemanes tan en boga estos últimos años, tanto que no puede decirse de una familia que no tenga uno. En cada una de las mesas se sentaba un buen número de personas, entre las que había grupos de viajeros y de hombres de negocios, además de algunos oficiales de la marina destinados a navegar en las naves de transporte que cubren el trayecto del estrecho.

Cuando Rosen y Lamperth entraron en la sala, todos los sitios estaban ocupados. Rosen dio un vistazo general y se dijo a sí mismo: «Empezamos bien, aquí tenemos un buen pretexto. Los obligaré a apretarse para dejarme un sitio en su mesa. Veamos si tienen el coraje de negarse». Y se aproximó a uno de ellos.

Unos marinos franceses que estaban sentados discutiendo acaloradamente algunos detalles de su viaje cesaron al instante de conversar, se llevaron la mano a sus sombreros, se levanta-

ron y, apretándose como pudieron, le hicieron una seña a Rosen y a Lamperth para que se sentaran a su lado.

«Maldita cortesía francesa que me evita cualquier pretexto para discutir con estos bribones—se dijo Rosen—. Pero... no dejan de ser franceses, así es que les tocaré su orgullo nacional... En cuestión de peleas, este tipo de gente promete mucho».

El barón y Lamperth se sentaron y pidieron su cena mientras sus vecinos retomaban la conversación antes interrumpida.

—¿Desean algún Laffitte de Burdeos, un Saint Julienne, algo de la zona Champagne o vino de Boullon o Abbeville?

—Queremos vino inglés —dijo Rosen animoso—, nada más que vino inglés; ya que... bueno, por lo que a mí respecta, no soporto ningún vino francés y, en general, todas las cosas que vienen de Francia —acabó en voz alta.

Dicho esto, miró a sus vecinos de mesa, pero estos, o no le habían oído o simulaban que no le habían escuchado.

—¡Miserables! —murmuró Rosen al oído de Lamperth— ni siquiera se alteran con un comentario tan ofensivo.

Poco después el camarero colocó frente a ellos algunos platos decorados en los que estaban representados los principales episodios de la vida de Napoleón, lo que dio pie a Rosen a coger uno y, mostrándoselo a su compañero, le dijese de modo que pudiese ser escuchado por todos:

—¿Qué le parece? Aquí tiene a un hombre que en Inglaterra no hubiese llegado a nada más que a tamborilero y que en Francia lo hacen pasar por un gran general. Pero no importa, todos saben que en Waterloo los ingleses le hicimos morder el polvo.

Aunque estas palabras no obtuvieron el efecto deseado, uno de sus vecinos se giró, miró a Rosen, quien a su vez le estaba mirando, e, imaginando que tal vez quería participar en su conversación, les preguntó:

—¿El señor ha viajado alguna vez?

—Sí —respondió Rosen—, he hecho en otra ocasión el viaje de Dover a Calais pasando por el archipiélago griego.

—¿Cómo decís?

—Desde Dover.

—¿A Calais?

—Sí, exactamente, a Calais, pasando por el archipiélago griego.

Todos los parroquianos estallaron en una gran risotada; incluso el mismo Lamperth tuvo que hacer como que se agachaba a recoger la servilleta que se le había caído de entre las rodillas para esconder la sonrisa que se le estaba asomando en los labios y no echar a perder el plan de su compañero.

—Señores —dijo Rosen con gravedad—, a menos que tan solo hayan navegado en un barquito de papel en la piscina de su jardín o que vistan en este preciso momento el uniforme de la marina francesa únicamente porque forman parte de una compañía de teatro, deberían saber que se puede zarpar de Dover, atravesar toda la tierra, no solo el archipiélago griego, y llegar a Calais después de haber realizado el viaje más simple y más natural del mundo.

—Usted tiene un conocimiento de la geografía muy vasto —dijo uno de los viajeros—, pero yo le aconsejaría que no lo manifestara públicamente, siempre y cuando no le importe que se rían de usted, y que, por otro lado, defendiera su postura con menos ardor, si no desea encontrarse con alguien que le acabe calentando las orejas.

–¡Vaya por Dios! –exclamó Rosen levantándose y agitando el puño sobre la mesa mientras se alegraba por dentro del buen éxito de su intento y se esforzaba en disimular su satisfacción–, ¿¡no será usted, tal vez, ese que va a calentarme las orejas!? Lo veremos enseguida, en cuanto me termine este *beefsteak*. Eso si es que tiene tanta valentía a la hora de actuar como arrogancia a la hora de hablar...

–Salga fuera, salga... –dijo el francés lanzando fuego por los ojos.

Y Rosen, cortando un trozo de su *beefsteak* como si quisiera darse prisa, se inclinó en el oído de Lamperth y le dijo:

–¿Le parece que la excusa es válida? Ya... se trata de amor nacional... de una cuestión de ciencia, que...

–¡Oh!, sin duda, validísima –le interrumpió Lamperth alzando los hombros.

Rosen lanzó entonces el resto de su *beefsteak* al plato casi como quien cumple un último acto de sacrificio y dijo:

–Puesto que he sido yo el retado y me toca a mí elegir las armas, elijo la espada, pues entre nosotros no se siente ningún aprecio por esos rasguñitos que hacen sus sables... Una vez puestos, las heridas se han de hacer como toca... Este caballero, mi compañero de viaje, será mi padrino. ¿Dónde nos batimos?

–Hay aquí cerca, junto a la playa, un terraplén que no podría ser más idóneo a nuestro propósito. Vayamos.

–Le sigo.

Rosen y los demás que les acompañaban llegaron enseguida al lugar.

Es inútil decir que Rosen había decidido no defenderse, sino tan solo un poco, lo justo para no desenmascarar su plan, y quedarse al descubierto en cuanto su contrincante le dirigiese una estocada decisiva.

Trajeron las armas: los dos adversarios cogieron las espadas y se abalanzaron el uno contra el otro. El francés se batía con pasión, hacía fintas rapidísimas, era un brillante espadachín. Rosen rechazaba sus lances con calma, sonriendo dentro de sí, aunque se exasperaba por no poder mostrar toda su valentía en aquel juego. La lucha no duró demasiado. Rosen estaba a punto de dejarse atravesar por la espada cuando advirtió que su contrincante se obstinaba en tener alta la punta para herirlo en el rostro. Esto fue lo que causó que perdiera toda la frialdad y que, olvidando el objetivo último de aquel duelo, olvidara que tenía tan solo que golpear levemente a su enemigo. Prosiguieron batiéndose con saña; el francés había ya rozado un hombro de Rosen cuando, quedándose al descubierto en un movimiento de retirada, este le alcanzó el pecho y cayó.

Rosen se dio cuenta enseguida de su error, pero era demasiado tarde. Lamperth se le acercó y le dijo:

–¿Qué ha hecho? Ha matado a un hombre inocente.

–Sí –dijo Rosen–, pero será el último. ¿Qué quiere? Soy un insensato... partamos pronto para Francia: juro al cielo que en el primer encontronazo que tengamos en aquel país dejaré que me disparen como a un conejo.

A la mañana siguiente se embarcaron para Calais y emprendieron la marcha hacia París.

*

De camino, Rosen no paraba de pensar con dolor en el triste resultado de aquella su primera aventura. Había matado a un hombre en duelo; aquello, literalmente hablando, no era un

homicidio, pero el duelo lo había provocado él... No, no había disculpa alguna, aquel joven se había visto forzado a batirse y su muerte se debía únicamente a Rosen.

Es una apreciación extraña e insensata que juzguemos un homicidio según el modo y las razones en las que ha tenido lugar. No hacemos de él tanto una causa de humanidad, de principio moral, sino más bien una causa de forma: el mismo acto nos lleva a la gloria o a la fama o nos arrastra hasta el delito más turbio y al castigo más atroz; puede ser heroísmo o asesinato, tanto en la guerra como en un lance privado; puede suponer coraje y honor, igual que en el duelo.

Rosen, durante el trayecto, iba masticando para sí esos pensamientos y meditaba con dolor aquella triste aventura en Dover.

–¿Qué piensa? –le preguntó dirigiéndose a Lamperth, quien dormitaba acurrucado en una esquina del coche.

–¿Sobre qué?

–Sobre el duelo de ayer.

–Mal, muy mal. Si tiene intención de hacerse matar, no debe matar a los demás; hay mil maneras de morir. Le he de confesar que me impresionó dolorosamente lo que pasó.

–Tiene razón –añadió Rosen con semblante mortificado–, no me meteré más en duelos. Hay algo instintivo que nos empuja, aunque no queramos, a defendernos. Pero, puesto que la vida nos ha otorgado una sola forma de nacer (algo triste) y nos abre mil puertas para morir (algo mucho más dulce), me aprovecharé de cualquier otro modo de esta prodigalidad de la naturaleza. Dígame: ¿piensa que me será fácil morir? ¿qué cree?

–Esperémoslo, sí –dijo Lamperth–. Si los rezos de una persona que le estima pueden tener algún tipo de influencia en su destino, le aseguro que yo rezo al cielo para que su deseo sea cumplido.

–Se lo agradezco –repuso Lamperth apretando la mano que su amigo le había ofrecido sin girarse–, se lo agradezco desde lo más hondo de mi alma... y que sepa que pronuncio estas palabras casi conmovido y con la más sincera efusión del corazón.

Aquella tarde Rosen y Lamperth llegaron a Amiens. Ante las puertas de la ciudad se pararon a contemplar el espectáculo, tal y como es costumbre de todo inglés que se precie, y vieron en la pared un amplio cartel decorado con algunas figuras de animales en el que, con tinta roja, leyeron estas palabras:

«Gran casa de fieras del señor Gustavo Lachard. Dos tigres, cuatro panteras, una gran variedad de simios, un elefante y dos leones africanos. A las ocho se dará de comer a las fieras. Media hora antes, el renombrado domador Gustavo Lachard entrará en la jaula de los leones».

Rosen miró el reloj, eran las siete pasadas; faltaban pocos minutos para la representación. Se dio la vuelta hacia Lamperth y le dijo indicándole el cartel:

–¿Quiere que vayamos a visitar esa casa de las fieras? Puede que encontremos alguna ocasión propicia a mis planes.

–Vayamos –dijo Lamperth.

En poco tiempo estaban en el recinto. Cuando el señor Lachard salió de la jaula de los leones y la multitud se retiró poco a poco y se dispersó, Rosen le dijo a su compañero cogiéndole de la mano:

–Creo, mi querido Lamperth, que hemos encontrado un medio infalible para hacerme matar; permítame que no le diga más. Vuélvase al hotel del Cíclope, donde en un par de horas o

me volverá a ver vivo o tendrá noticias de mi muerte. No se olvide, se lo ruego, de la carta para mi mujer.

–No tema –y se llevó la mano al corazón–. Me apena perderle tan pronto, pero si es inevitable... Os deseo buena suerte.

Una vez solo, Rosen se puso a hablar con el señor Lachard y, llevándolo a un ángulo del recinto, le dijo:

–Soy un barón inglés aficionadísimo a la lucha y anhelo ponerme a prueba con algún luchador que sea notablemente más fuerte que yo. Deseo combatir contra uno de sus leones, pero es necesario que un secreto quede entre nosotros. Tiene que dejarme solo entre todas estas fieras y que se crea, para justificarse usted y yo mismo, que he entrado sin su consentimiento y que, tras abrir yo mismo la jaula, alguno de ellos me ha asaltado. ¿Cuánto es el precio de este animal? Yo le pagaré el doble.

–No menos de cinco mil francos –dijo el domador–. Me refiero a Behemet, el más alto y el más fuerte. Lo compré yo mismo en Bourck, en el límite occidental del desierto. No ha cumplido todavía los dos años y no le falta ni un pelo. Pero, entendámonos, yo no debo saber nada de esto; me iré del recinto, igual que hago todas las tardes, y usted será tan imprudente como para entrar sin mi permiso. Esto es todo. Si luego mata al león, la cosa quedará entre nosotros y no habrá ninguna otra consecuencia.

Rosen le pagó los diez mil francos. Como ya la tarde había estado muy avanzada, el domador despidió a su vigilante y dejó a Rosen en el recinto diciéndole mientras cerraba las puertas:

–Espero que salga victorioso, pero me temo que Behemet sabrá darle para el pelo.

Una vez solo, Rosen se dio cuenta de que le poseía un pánico indefinible. Hubo un instante en que incluso estuvo tentado de renunciar a aquel tipo de muerte e ir a reunirse con Lamperth en el Hotel del Cíclope para tramar con él cualquier otro medio menos inhumano de darse fin. Pero era demasiado tarde. Por otra parte, ya que tenía que morir, convenía en aceptar que aquel medio era el más rápido y el más eficaz, aparte de que no despertaría ninguna sospecha de fraude. ¡Quién sabe! Tal vez morir entre las zarpas de un león podía ser más dulce y más rápido que morir a causa de las heridas de un duelo o de un veneno o de cualquier otro medio. Ciertamente era más verosímil y más audaz.

Animado por este razonamiento, Rosen se acercó a la jaula y levantó las tres barras de hierro que formaban la puerta. Paralizado por el temor y con las manos apoyadas en el quicio del enrejado, esperaba en actitud de víctima que Behemet saliese.

Pero el león, después de estirarse un par de veces y de dar varios largos bostezos redondeando la lengua como una bestia segura de coger a su presa, se acercó hasta la puerta y no hizo más que mirar con aire de indiferencia al barón Rosen, quien, muy a su pesar, tenía la piel de gallina. Luego, bajando a la zona reservada a los espectadores, comenzó a pasearse de un lado para otro, moviendo la cola y dando de tanto en tanto un prolongado y sordo bostezo de gusto y satisfacción.

Cuando Rosen se dio cuenta de que Behemet no se preocupaba lo más mínimo de él, hizo acopio de valor en ese breve intervalo de tiempo, descendió, se dirigió directamente hacia el león y le dio un latigazo con la fusta. Ante aquella provocación, Behemet, como una bestia obediente, se retiró precipitadamente a su jaula. Así es que Rosen lo siguió, cogió una lanza puntiaguda de hierro y le pinchó con ella intentando hacerle salir... de nuevo el león, acurrucado en el fondo de su covacha, rugía y abría sus fauces de par en par sin inmutarse. Rosen estaba al borde de un ataque de impaciencia y de ira.

Olvidándose de que hablaba con un león le gritó: «Sal, sal de la maldita jaula, miserable». Todo era en vano. Behemet no entendía ese lenguaje provocador y yacía más tranquilo que tranquilo, una balsa de aceite.

Desesperado por no poder medirse con él, Rosen tomó la decisión de entrar en la jaula de las panteras, pero se dio cuenta de que Lachard, a excepción de la de Behemet, había cerrado todas las demás puertas con doble llave.

–¡Ah, Lachard! ¡Asesino! –gritaba Rosen ciego de ira–. Sabías que ese león era un conejito y me has sacado diez mil libras sin darme siquiera la compensación de un rasguño... Seguiremos nuestra partida mañana.

Y lanzando una mirada de desprecio a la jaula de Behemet, salió de la casa de fieras y se fue directo al Hotel del Cíclope.

*

Lamperth estaba releyendo algunas cartas sentado en la mesa mientras le servían los primeros entrantes de su cena y se mostró maravillado del retorno de Rosen, tan cegado por la indignación ante lo ocurrido que a duras penas pudo contarle cómo había ido esta nueva aventura.

–¿Qué pido? ¿Qué quiero? ¿Qué espero? Morir, eso es todo. La cosa más simple, la más fácil, la más natural del mundo –decía Rosen mientras acababa su relato–. Y, sin embargo, aquí estoy, condenado por una desoladora fatalidad a seguir vivo pese a todos mis esfuerzos, pese a todos los peligros a los que me expongo para impedirlo. Le aseguro que afrontaré el riesgo que sea, aprovecharé cualquier circunstancia para salir de esta situación.

–Cálmese –le respondía Lamperth–. No le faltarán las ocasiones, debe tener fe. Mientras tanto, pida la cena, el estómago tiene sus necesidades y estoy seguro de que debe de tener hambre.

–Es cierto –replicó Rosen–, cenaré; el hombre es esclavo de su estómago, es más, el hombre es un estómago... creo que esta es la definición menos inexacta entre todas las que se han hecho de este animal que somos.

Y pidió unas chuletas de cordero con patatas.

Sin embargo, aún no había Rosen dado ni un bocado a sus chuletas cuando un recién llegado entró en la sala y vino a sentarse frente a él en el lado opuesto de la mesa.

Rosen no perdía detalle observando los movimientos de aquel comensal, y esperaba a que una de las puntas de sus botas le golpease sin querer su pierna para tener un motivo de pelea, cuando el otro, metiendo las narices en su plato e indicándoselo con un dedo al camarero, le dijo:

–Tráigame un plato como este... y unas chuletas con salsa dulce.

–No tenéis gusto alguno, oh caballero –le dijo Rosen levantándose un tanto en su silla–. Estas chuletas están hechas con salsa picante.

–Santo Dios –exclamó el otro un tanto turbado y sorprendido–. Estimáis demasiado el sabor de vuestras chuletas y hacéis de ello una cuestión de honor; por lo demás, no hay mucho más que decir, habéis usado una expresión más que precisa; tratándose de sabores, yo, justamente, no tengo gusto alguno. ¿Sois vos inglés?

–De Londres.

–¿Y pensáis atravesar Francia?

–Exacto.

–Pues dudo que lleguéis a acabar vuestro viaje sin que encontréis a alguien que...

–¿A alguien que qué?

–A alguien que os haga morder el polvo. ¿Habéis estado alguna vez en la Gascuña?

–¡Oh! ¿Sois tal vez vos de la Gascuña?

–Efectivamente.

–Es una provincia que en cuanto a vanidad se refiere, tiene grandiosas tradiciones; espero que sepáis vos darme a conocer en toda su extensión los peligros que correría si hubiese insultado a alguien en su tierra.

–O sois un loco o un imbécil o las dos cosas –dijo el otro, gascón de pura cepa, mientras se le enrojecía de ira hasta la punta de la nariz–. Venga conmigo a la muralla de aquí detrás y nos daremos un par de cortes como toca.

–Estoy a vuestra disposición –respondió Rosen.

Y se despidió de Lamperth, quien pudo decirle al oído: «Tenga juicio, conténgase como hombre honesto que es, déjese matar, piense en su mujer, piense que este hombre ha sido provocado por usted y que la fortuna no le regalará todos los días ocasiones tan magníficas como esta».

–¿Tenéis vos padrinos? –le preguntó el desconocido al inglés una vez fuera.

–No, no tengo ninguno.

–No importa, estos señores servirán a ambos como testigos. No excluyamos los golpes de cabeza y de punta... nos batiremos hasta que solo uno de los dos quede en pie.

–Estoy de acuerdo, esa era mi intención.

–Entonces, podemos comenzar.

–Comencemos.

El gascón, sin esperar nada más, asió bien el puño de su espada y se lanzó lleno de furia contra su adversario. Rosen lo esperaba de pie, firme. La noche era tan oscura que apenas se podía distinguir la dirección de los golpes de uno y otro. Los espectadores no veían nada o casi nada; solo se intuían dos masas negras que se agitaban, que chocaban; únicamente veían de tanto en tanto el resplandor de las hojas de sus espadas en las que se reflejaba un débil hilo de luz que venía de una farola, mientras escuchaban el continuo choque del acero sin poder adivinar cuál de los dos adversarios tenía mayor pericia en las armas y cuál podría salir vencedor en el lance.

Pero, en un instante, uno de ellos se paró, vaciló y cayó. Los espectadores se abalanzaron para ver quién era... era el gascón.

¿Qué había sucedido? El francés era un pésimo espadachín, Rosen no había tenido todavía tiempo de descubrirse como tocaba cuando, tras hacerle una finta a la derecha, el otro le respondió con un movimiento desde la izquierda con lo que, girando su sable, se había herido gravemente a sí mismo en el cuello sin que Rosen pudiese evitarlo.

Rosen se quedó petrificado de dolor y completamente anonadado. Se trataba, sin duda, de una extraña fatalidad que pesaba sobre él, que volvía vanos y funestos todos sus intentos de hacerse matar.

Mientras estaba apoyado con las manos juntas en la empuñadura de su espada, creyó entender que uno de los espectadores preguntaba:

–¿Quién es ese que le ha herido?

Y que otro respondía: «Es un inglés».

–Bien. Es necesario enterarnos de lo que ha pasado. No puede decirse que esto sea un duelo; no había padrinos, no había ningún tipo de reglas; ha sido un homicidio con todas las de la ley. Mirad, el muerto es francés, es gascón, y se han batido en duelo solo por una chuleta.

Aquí está su colega Pirolet, quien puede confirmarlo. No debemos dejar que este marrano inglés se vaya de rositas. Hagamos las cosas bien y llevémoslo ante el comisario de policía.

Rosen, que al entender desde el principio aquellas palabras había notado que nacía en su corazón un débil rayo de esperanza, se estremeció completamente cuando oyó mencionar al comisario de policía. Tuvo claro que era necesario irse cuanto antes, si todavía era posible, y salir aquella misma noche de Amiens.

Pero no había acabado de tomar aún aquella resolución cuando se vio rodeado de toda aquella gente y vio que uno de ellos, que se había acercado más que los demás, le obligaba a darle el sable y a acompañarlo hasta la oficina de policía. Rosen tomó entonces una gran determinación. Habiendo observado que algunos de ellos iban armados con un estoque y que uno tenía entre las manos la espada de su adversario, imaginó que le resultaría fácil hacerse matar por aquellas personas abalanzándose sobre ellos como un hombre desesperado y dando a ciegas golpes con la espada y obligándoles, de este modo, a devolvérselos.

Dicho y hecho, en un instante Rosen empuñó su sable con las dos manos y se lanzó en medio de aquellos hombres dando golpes a diestra y siniestra, según le venía mejor, y gritando con todas sus fuerzas: «granujas, miserables, cobardes, defendeos, parádmeme si tenéis agallas».

Pero justamente consiguió el efecto opuesto: todos aquellos hombres, asustados ante tanta osadía, se dieron a la fuga. Rosen no pudo ver más que con disgusto que cuatro de ellos caían a sus pies heridos y que, con esto, se añadía con toda certeza una terrible carga en su conciencia y, lo que le importaba aún más, una terrible responsabilidad frente a las autoridades legales.

Rosen pensó durante unos instantes: nadie lo conocía en Amiens, no había dicho su nombre a nadie, apenas nadie lo había podido ver más que a la luz de un farol... Así es que se escabulliría por el campo e intentaría llegar de noche a Montdidier valiéndose de alguna montura que esperaba conseguir en alguna posta a lo largo del viaje.

Una hora después de este suceso, Lampert recibía de manos de un campesino un papelito en el que ponía:

«Querido Lampert,

Un destino singular, además de inexorable, vuelve infructuosos y funestos todos mis intentos por hallar la muerte. Sigo vivo muy a mi pesar y a deshonra de todo y de todos. Habrás comprendido ya que he matado a aquel gascón, además de herir a tres o cuatro franceses que querían llevarme, como un malhechor, ante la policía. Estos hechos me han obligado a huir a Montdidier sin ser visto usando un pésimo caballo que he comprado en una casa de campesinos desde la que te escribo. Te espero, pues, en Montdidier, en el Café de la Paz, donde se puede beber *flor de leche*, la mejor bebida que puedas encontrar en toda Francia».

*

Mientras Rosen cabalgaba por aquellas amenas campañas que discurren desde Neufchatel hasta Hermont y la orilla del río Oise, pensaba en aquella vida suya despreocupada en Londres, en su mujer, en sus amigos, en sus riquezas dilapidadas y en por qué extraño capricho del destino había elegido una camino tan inapropiada y tan singular para remediar todo aquello.

La noche se había vuelto lluviosa y Rosen estaba triste. Nunca antes, como en aquel momento, había sentido más vivo en él el deseo de morir, nunca antes, como en aquel momento, el destino le parecía que lo alejaba aún más de la muerte. ¿Era tan difícil morir? Sentía en sí una plenitud vital extraordinaria, una armonía inusitada en todas las partes de su cuerpo. Era un orden, un fluir de la sangre tan reposado, tan regular y tan dulce, que no recordaba haber sentido nunca un estado similar de bienestar ni siquiera en sus años de su juventud.

Aquel monótono trote de su caballería parecía que lo acunaba como si fuese un niño; el agua que le iba salpicando ligerísimamente y casi vaporosa la cara y el cabello parecía acariciarlo igual que lo haría la mano de una mujer querida. Además, los árboles estaban llenos de ruiseñores que cantaban pese a que arreciaba la lluvia, y había en el aire un no sé qué de voluptuoso y de cándido que hacía imposible cualquier sentimiento que no fuese grácil, afectuoso y gentil.

Pese a todo ello, Rosen seguía pensando de qué modo podría lograr morir mañana. No soportaba la duda... y rumiaba nuevos peligros y nuevos planes.

Ante cada sombra que parecía formarse a los lados del camino, ante cada leve rumor de pasos, el corazón de Rosen latía más inquieto y recuperaba la esperanza y la alegría. Se internó con decisión entre los matorrales y atravesó el pequeño bosque de Cok-sautin conteniendo el aliento, tal era su estado de ánimo y la impaciencia por meterse en algún problema o dar emboscada a algún bandido.

Cada montoncito de plantas le parecía un nido de ladrones, cada arbusto un asesino apostado en el sendero, cada rama cubierta de líquenes el filo de un cuchillo o el cañón de una escopeta.

Pensaba qué haría con ellos... Ciertamente, los ladrones no serían menos de dos o cuatro, tal vez alguno más —¡qué bien!—... y llevarían con ellos buenas armas... Pero, ¿cómo tratarlos?... ¿A las buenas?... ¡Peor! No harían nada. Habría que decirles: «asesinos, granujas, no huyáis. Soy el comisario general. Mañana os arrestaré y juro al cielo que os haré colgar como a los perros sin daros tiempo ni de confesaros».

Rosen se había metido tanto en su papel que increpaba en voz alta a estos asesinos imaginarios como si los tuviese delante, tanto que se salió del bosque de Cok-sautin sin darse cuenta.

Estaba a punto de amanecer y ya empezaba a divisar a lo lejos los campanarios de la ciudad. Escuchó el rítmico repique de una campana que parecía dar la alarma. Aguzando la mirada en aquella blanquecina línea del horizonte sobre cuyo fondo se entreveían como bultos oscuros las casas de Montdidier, le pareció distinguir una ancha columna de humo que se elevaba en volutas negras y pesadas acumulándose en nubes aún más oscuras y densas que venían a pender sobre la ciudad. Rosen espoleó su caballo y en cuanto llegó junto a las murallas distinguió lenguas de fuego que salían del techo y de las ventanas de una casa. Se trataba de un incendio.

Reanimado por esta nueva esperanza, asió con fuerza las bridas de su caballo, le hincó las espuelas en el vientre y alcanzó las puertas de Montdidier antes de que los habitantes de la ciudad, que tienen fama de ser gente bastante dormilona y tener las mentes más lentas de toda Francia, se dieran cuenta de nada e intentaran controlar de algún modo el incendio.

Rosen llegó, pues, el primero. Aún no había tenido todavía ocasión de observar por qué parte o con qué pretexto podría abalanzarse dentro de la casa incendiada cuando le llamaron la atención una voz:

–Hay que salvar a papá Caupin, ¡el pobre de papá Caupin! Debe haberse quedado en su cama por culpa de la artritis... morirá asfixiado. ¿No hay nadie que pueda salvar a papá Caupin?

–Aquí estoy –dijo Rosen–, ¿dónde está la habitación de ese enfermo?

–¡Oh, señor, que el cielo se lo pague! Está en la primera habitación a la izquierda, en el segundo piso. Verá la puerta arriba, junto a la escalera. Si no estuviese allí, lo encontrará en la estancia contigua.

Rosen, sin esperar nada más, seguro de que aquel medio de darse muerte era infalible, entró sonriente en la planta baja y se dirigió resuelto escaleras arriba, diciéndose a sí mismo: «es el destino el que me ha mandado».

Pero no había subido más de dos peldaños cuando las llamas lo rodearon por todas partes y empezó a faltarle el aire; el cabello y la barba se le estaban socarrando ocasionándole horribles quemaduras en las mejillas; sus vestidos empezaron a chamuscarse, y solo fue gracias a un sentimiento instintivo de humanidad y su firme propósito de darse muerte los que le empujaron hasta el segundo piso, hasta la habitación de papá Caupin, que yacía desvanecido en el suelo. Alzarlo, cargárselo a las espaldas y descender a toda prisa las escaleras, fue coser y cantar para Rosen, quien se presentó con él ante la multitud reunida en medio de una salva de gritos y apretones de mano. Estaba a punto de volver a meterse en el incendio cuando notó que una joven lo cogía del vestido. Iba mal vestida y tenía el pelo suelto rizado sobre los hombros, y le decía llorando:

–¡Oiga!, por caridad, señor, salve a mis dos hijitos. Los encontrará en la tercera habitación a la derecha, en el tercer piso... dése prisa... vaya... ¡rezaré por usted toda mi vida!

Rosen no esperó más y se volvió a meter de cabeza en el incendio. Le vieron reaparecer poco después sosteniendo entre sus brazos a dos niños que entregó a su madre, aunque estaba tan desfigurado por las quemaduras y el esfuerzo que a duras penas se le podía reconocer. Pese a todo, no había perdido todavía la conciencia, ni había olvidado el verdadero y directo objetivo de su plan.

Así es que, aturdido por el dolor, casi sin aliento y prácticamente ciego por el humo y las llamas, se volvió a meter una tercera vez entre las llamas. Los que estaban allí intentaron en vano evitarlo diciéndole:

–¿Qué hacéis? Es inútil... ya no hay nadie más a quien salvar. Pobre joven, no entiende nada... ya... ya no volverá a bajar esta vez. ¡Qué heroísmo! ¡Qué gran corazón! ¿Es de los nuestros? ¿Es de Montdidier?

Pero Rosen no había entendido o no había querido entender nada. Su idea era llegar hasta la planta más alta, tumbarse donde el suelo amenazase venirse abajo y dejarse engullir por él cuando se derrumbara.

Había llegado ya casi al cuarto piso, bajo el quicio de una puerta que unía dos habitaciones; las vigas de los dos trasteros ardían, y las llamas salían por aquí y por allá por todas las paredes. Eligió de entre los dos suelos el que le pareció que se derrumbaría antes, pero apenas se había tumbado en él cuando vio que el de la otra estancia se combaba por el medio, se abría y se precipitaba al vacío descompuesto entre horribles estruendos, mientras que aquel sobre el que él se había tumbado apenas se venía abajo solo un tanto por las paredes y empezaba a descender suavemente, entero, cayendo despacio sobre los pisos inferiores que iban amortiguando el impacto de la caída.

En una palabra, Rosen se encontró en la planta inferior como si lo hubiesen bajado con poleas. Y no había tenido tiempo de pensar en su situación cuando los numerosos espectado-

res, que lo veían a través de las ventanas de la planta baja, entraron por todas partes y lo sacaron, muy a su pesar, de entre las ruinas.

Rosen estaba tan dolido y magullado que se desvaneció. La multitud, llena de agradecimiento y admiración, lo acompañó entre vítores hasta otra casa del señor Caupin, adonde fue llevado en una camilla y colocado en una cama para que se curase de sus heridas.

Aquella misma tarde, Lamperth, en cuanto llegó a Montdidier, se acercó al Café de la Paz en el que Rosen le había citado y, después de beber un vaso de esa *flor de leche* que tiene fama de ser la mejor bebida de Francia, cogió el periódico de la provincia y leyó con estupor estas palabras:

«*Heroísmo*. Un gran incendio se ha declarado en la casa del señor Caupin. A punto hemos estado de lamentar dolorosas pérdidas (la del mismo Caupin, incapaz de caminar, además de otros dos niños pequeños) si no fuese por un viajero inglés recién llegado a nuestra ciudad que los ha rescatado lanzándose, sin pensárselo, a las llamas, lo que le ha ocasionado tales heridas que le han obligado a guardar cama en casa del mismo señor Caupin, donde ahora mismo se está recuperando. El susodicho viajero es el barón Alfred Rosen, originario de Londres. Nos complace informarles de que el ayuntamiento de Montdidier, reunido hoy mismo, le va a otorgar por unanimidad la medalla de plata al valor civil.»

*

Lamperth, enterado de la ubicación de la casa del señor Caupin, fue enseguida a hacerle una visita a Rosen. Lo encontró tan profundamente abatido y tan desfigurado por las quemaduras y la pérdida de las cejas, del pelo y de la barba, que a duras penas pudo reconocerlo. Lamperth mismo, que no tenía lo que suele llamarse un corazón sensible, sintió que se le revolvían las tripas ante aquella visión, y le preguntó:

–¿Cómo se encuentra?

–Ve en mí –le contestó Rosen con aire de un profundo abatimiento y evitando responder directamente a su pregunta–, ve en mí a un hombre que es, sin lugar a dudas, el más desventurado de cuantos hayan sufrido algún tipo de desventura en el mundo. Y lo peor es que siento el dolor de no poder matarme. Y no sé qué presagio tengo en mi corazón de que no debo vivir, mientras que por el contrario vivo inexorablemente en contra de mi voluntad y de mis planes. ¡Ah! ¡Solamente querer morir... y no poder hacerlo! ¡Es horrible! ¿Qué quiere? Me asalta una idea fija, una duda, una sospecha que me atenaza... ¿No estaré dotado de una naturaleza inmortal? Es un pensamiento que me estremece y que no me puedo quitar de la cabeza. Es que solo pienso que si fuese capaz de morir, bastaría tan solo con matarme.

–Escuche –siguió Rosen después de un intervalo de silencio–, si después de lo que pasó ayer, después de que en Montdidier se conociese mi condición de barón, lograrse morir envenenado... ¿cree que se sospecharía de mi suicidio?

–No lo creo –dijo Lamperth–, pero debe pensar que la sospecha recaería sobre personas inocentes; las crónicas judiciales han registrado en este sentido hechos horribles. Además, los primeros intentos llevados a cabo en este sentido ya le han creado una responsabilidad bastante grande.

–Es cierto –le interrumpió Rosen con acento mortificado–. La verdad siempre saldría a la luz.

Y viendo que Lamperth había movido la cabeza en un gesto de aseveración, después de un breve silencio, le cogió de la mano, se incorporó un tanto en su almohada y le dijo con un tono de voz suplicante:

–Lamperth, mi buen amigo, se lo pido, procúreme algo de veneno.

–Imposible –respondió Lamperth con gesto grave y sereno–. No puedo asistirle en su muerte. Puedo seguirle hasta un cierto punto en sus planes, ya que he comprendido que es imposible hacerle desistir, pero no puedo procurarle yo mismo los medios de su muerte. Diríjase a otro. Mi conciencia me impide ayudarle.

–Bien, bien –dijo Rosen–. Como si no le hubiera dicho nada. De todos modos, sepa que sigo sintiendo una gran simpatía por usted... Usted tiene el encargo de hacer llegar esa carta a mi mujer... ha escuchado mis confidencias... se lo ruego, querido señor Lamperth, no me abandone tan pronto... Si no puedo morir aquí, cuento con ir con usted a Italia, donde creo que un hombre que no pida más que morir podrá correr mejor suerte que en Francia.

–¡Oh! En cuanto a eso estoy seguro –dijo Lamperth–. No se preocupe, le seguiré a todas partes y que me quedará en Montdidier hasta que se recupere. Además, teniendo en cuenta que en Montdidier se bebe la mejor *flor de leche*... no hace falta decir que no es en absoluto un lugar desagradable...

–No, no –siguió Rosen– yo pasé aquí algunos meses durante mi infancia y ciertamente no es un lugar desagradable, ¡pero yo solo pido morir!

–Confíe en ello –concluyó Lamperth estrechándole la mano para despedirse de él–. La suerte es caprichosa y puede concederle mañana lo que le ha negado hoy. Es más, cuanto menos espere sus favores, más le colmará con sus dones. Esté tranquilo. Vendré mañana. Espero de corazón encontrarle muy pero que muy desmejorado.

En cuanto Lamperth se alejó, algo que Rosen esperaba con impaciencia, hizo llamar a un joven encargado de la farmacia que le había llevado algunas medicinas y aplicado algunos vendajes el día anterior, y le dijo:

–Tienes pinta de ser un buen muchacho. Tengo pensado favorecerte en todo lo que me sea posible, combinando tu interés y el mío en un asunto que voy a explicarte en dos palabras. El corazón me dice que conseguiremos hacerlo juntos. He aquí la cuestión. Se trataría de un... necesitaría... escúchame.

–Dígame, soy todo oídos.

–Te lo explicaré: tengo una amante en mi tierra, una chica estupenda... imagínate... de una hermosura poco común, de una belleza prodigiosa. Una de esas mujeres que tienen derecho a pretender un amante de irresistibles atractivos... Ahora bien... no quiero decir que yo no los tenga, pero ciertamente... tú lo puedes ver, mi cara, mis rasgos, han sido dañados tras el incendio... Yo soy ahora un hombre horrible, digámoslo con franqueza, horrendo... Esa es la palabra. Ya no tengo el coraje de que me vea en este estado, y he tomado una resolución enérgica, irremediable: he decidido que... ¿Cómo te llama, Tricotèt?

–Tricotèt, lo acabáis de decir.

–¿Y a cuánto ascienden tus honorarios?

–¡Oh!, a una suma ridícula, si queréis, pero considerable en cualquier caso para un joven encargado de farmacia... veinticinco libras mensuales.

–¡Bien! –siguió Rosen–. Quiero que sepas que por los motivos que te he expuesto que he decidido... morir, y que te daré ahora mismo veinticinco mil francos si me procuras un veneno para hacerlo.

–¡Un veneno! –exclamó Tricotèt levantándose dos palmos de la silla–. Pero, señor, aunque el temor a su deformidad os ha llevado a esta determinación, os aseguro que os repondréis. Fiaos de mí, estoy seguro de ello. Estudio tercer año de farmacia y no hace más de dos meses que con la pomada Vernicot le hice renacer todas las cejas y todo el pelo al ilustrísimos Verrrier, que es el abogado general del departamento y las tenía más lisas que la mejilla de un bebé... ¿Habéis dicho veinticinco mil francos?

–Veinticinco mil.

–¿Y qué veneno necesitaríais?

–¡Oh! Cualquier veneno, con tal de que sea potente, rápido y eficaz. Pero sobre todo potente.

–No se preocupe, no tenéis nada que temer. Creo haberos dicho que estudio tercero de farmacia; todos estos pormenores los conozco como la palma de mi mano.

–Bien, bien –siguió Rosen–, piénsalo seriamente. Te va la suerte en ello.

–Lo pensaré –dijo Tricotèt volviéndose hacia la puerta para salir.

Pero no había todavía cruzado el umbral cuando regresó a la habitación de Rosen y le dijo:

–Señor, lo he pensado... y creo que puedo aceptar. Tengo a mi disposición una pasta negra cuyo efecto es terrible e inmediato, aunque produce cierta irritación intestinal bastante notable. Si creéis que... si persistís en vuestra oferta, os la podría procurar tras el cobro de la suma que hemos convenido.

–No hay más que decir –le atajó Rosen–. Dadme el veneno... la pasta esa que mencionas, y yo te daré ahora mismo los veinticinco mil francos.

–De acuerdo –respondió Tricotèt con resolución–. Voy a cogerla. En dos minutos estaré de vuelta.

Rosen, finalmente seguro de que moriría, se abandonó por completo al disfrute de este pensamiento.

Un instante después volvió Tricotèt llevando consigo un pequeño vaso lleno de una sustancia negra que extrajo con mucho cuidado de cinco o seis trozos de papel en la que venía envuelta y se lo presentó a Rosen diciéndole:

–No tendréis tiempo más que para dar cuatro tragos... y ya estaréis en el otro barrio.

Rosen le desembolsó los veinticinco mil francos, que era todo lo que le quedaba de su fortuna, y Tricotèt se los metió en el bolsillo con la misma impasibilidad de un hombre de negocios. Bajó las escaleras dando saltos, pagó un asiento en la diligencia de Lafitte y partió aquella misma mañana para París.

En cuanto a Rosen, nada más quedarse solo se puso a meditar. Repasó todas las experiencias de su vida, volvió a pensar en su juventud y en su mujer, hizo un breve examen de conciencia, se puso en paz como mejor pudo con ella y consigo mismo y, dando un últimos adiós a su vida y a sus recuerdos, cerró los ojos y se bebió en quince o veinte tragos todo el veneno.

Tenía un sabor agrio pero dulce, aunque le pareció que ya lo había probado otras veces. Ciertamente no tenía nada de desagradable, pero estaba a punto de dudar de la buena fe de Tricotèt cuando le empezaron a brotar espasmos de un cólico tan potente que no pudo, aunque quiso, evitar dar gritos. Eran unos dolores horribles, insoportables y atroces que nacían en lo más profundo de su intestino. Rosen, como todas las naturalezas vivaces pero débiles, era cobarde frente al dolor. Sus lamentos hicieron que viniera el señor Caupin quien, pese a sus protestas, se apresuró en llamar al médico.

Por desgracia, Rosen, con el entusiasmo de su sacrificio, no había tomado todas las precauciones oportunas y había olvidado encima de la mesa el vaso con el veneno. Se dio cuenta

demasiado tarde, cuando el médico ya lo tenía en su mano. Examinando los restos que quedaban en el vaso le dijo:

–¿Qué demonios ha tomado, señor? ¿Qué doctor ha sido tan burro como para darle esta receta? ¡Oh, la ciencia! Hay tanto de lo que avergonzarse... ¡hemos llegado ciertamente a unos extremos!... ¡Cuatro onzas de conserva de ciruela con un potentísimo laxante! Es algo horrible, ¡la receta de un burro!

–Ha sido el señor Tricotèt –murmuró Rosen entre espasmos–, un encargado de la farmacia quien...

–¡El señor Tricotèt! ¡Diantres!... Acabo de encontrar a su jefe, el insigne farmacéutico Sapiston, que lo andaba buscando ahora mismo por tierra y por mar. De hecho, acababa de recibir una carta suya en la que le anunciaba que partía hoy mismo para París y que se iba a comprar la farmacia mejor surtida de la capital.

–¡Ah, Tricotèt, malvado! –dijo Rosen sujetándose el bajo vientre con las manos–, ¡pequeño granuja! Juro al cielo que me curaré, renunciaré a todos mis proyectos e iré en tu busca a París para darte tu merecido.

–Vaya, vaya –le dijo el doctor con aire conciliador–, parece que ese pequeño bribón le ha gastado una broma de mal gusto. De todos modos, la cosa no tiene en sí nada que no se pueda arreglar. Mañana por la mañana estará totalmente recuperado.

Veinte días después de estos sucesos, Rosen, ya reestablecido de su enfermedad, tomaba con Lamperth el camino de la capital.

Un nuevo campo de aventuras se le abría ahora a Rosen. En aquella gran capital que es París, donde las estadísticas registran cada día centenares de robos, de agresiones, de delitos y de desgracias de todo tipo, no debía resultarle difícil morir. Al menos es lo que Rosen esperaba. Consideraba las adversidades pasadas como un juego sucio de la fortuna, pero nada más que un juego. Era imposible que pudiese impedir durante mucho más tiempo la realización de un deseo tan simple y tan natural, la consecución de un destino tan inevitable y común a todas las seres vivientes. Además de eso, Rosen se había vuelto triste y taciturno; habría que añadir a las causas que lo empujaban a anhelar tan obstinadamente la muerte, un no sé qué de tristeza y de sorpresa que le venía de su enfermedad, además del disgusto por las marcas que le habían quedado en sus facciones. Porque Rosen apreciaba sus encantos, y no le había mentido el todo a Tricotèt cuando le dijo que no podría soportar la idea de volver a Inglaterra en un estado tal de melancolía.

Por lo general nos gusta estar guapos antes que nada, porque nos queremos a nosotros mismos y porque consideramos la belleza física como un reflejo y una manifestación de la belleza moral.

Los niños, aunque todavía no conocen la gran influencia que ejerce la belleza en los sentidos, ambicionan, sin embargo, ser hermosos. Este es el primer instinto de vanidad que nace en el hombre. Ha habido en todas las épocas mujeres marcadas por un encanto extraordinario que no amaron a nadie y, con todo, fueron felices y encontraron en la misma conciencia de su belleza un consuelo a los grandes y reales males de la vida que, de cualquier otro modo, no hubieran sabido tolerar. Se amaban rotundamente, y por encima de todo, a sí mismas. Con frecuencia se ha dicho que el amor que se da a los demás no es más que un resto, un residuo, del que sentimos por nosotros mismos; se quita a uno y se da a los demás. A más amemos a los otros, menos nos amamos a nosotros mismos. Es este, pues, el sacrificio del amor, y esa la ley inmutable de egoísmo que lo gobierna tan generosamente y lo frena.

Rosen retomó aquellos días una nueva serie de intentos.

Y aunque resuelto a no volver a tentar su suerte en un duelo (algo que hasta el momento no le había provocado más que crueles remordimientos) acabó por imaginar nuevas empresas y nuevos planes. Aun así, no era tan fácil ingeniar alguno que fuera seguro, eficaz y útil. Concebía muchos, pero también rechazaba otros tantos por considerarlos irrealizables. Siempre había en cada uno de ellos algún obstáculo, alguna probable consecuencia que le disuadía de realizarlo, porque Rosen se había hecho más sabio tras los primeros intentos. Además su conciencia, debilitada por la enfermedad, le aconsejaba ahora soluciones más cautas y honestas.

En aquel primer período de su estancia en París había intentado, en vano, morir de un modo común: se había tirado tres o cuatro veces bajo las ruedas de carrozas que cruzaban la calle, como si fuera una persona que tuviera algún defecto en el oído, o que, sumamente distraída, no se preocupa mucho de sí misma. Pero o los mismos cocheros eran siempre muy diestros o se había topado en el último instante con algún impertinente que le tiraba de las orejas diciéndole: «¡Señor! Vaya con cuidado, cuidado, que se le echa encima una carroza», mientras lo retenían a la fuerza cogiéndolo y sujetándolo violentamente del traje.

Había intentado pasear larga y pacientemente bajo los puentes y bajo los alerones de los edificios en construcción esperando que le cayera una teja, una piedra o un arnés cualquiera que pudiese matarlo, aunque siempre en vano. Se había recorrido toda la zona vieja de París buscado, entre las casas antiguas y entre aquellos recintos ajardinados, algún muro que amenazase derrumbe, pasando bajo ellos noches enteras esperando a que se vinieran abajo. Pero tampoco en eso tuvo más suerte de la que había tenido antes. Un destino misterioso, aparte de extraño, gobernaba la vida de Rosen.

A veces, hojeando para matar el tiempo los periódicos del día, se paraba a meditar, con un cierto sentimiento de desdén y envidia, mientras leía la lista de los fallecidos esa jornada, tres o cuatrocientos cada día. Entre ellos había incluso algunos mucho más jóvenes que él, una multitud de jóvenes que tenían un derecho mucho menor que el suyo a encontrar la muerte... Y, sin embargo, él vivía... A veces, le asustaba también darse cuenta de que gran parte de aquellos muertos habían vivido hasta una edad muy avanzada, hasta los setenta, hasta los ochenta años. Con frecuencia había algunos que incluso casi llegaban a centenarios... ¿Y si el tuviese ese mismo destino? ¿Y si estuviese condenado a una vida tan larga?

En esos instantes de descorazonamiento volvía a asaltarle la sospecha de que estaba dotado de una naturaleza inmortal, de que todos sus esfuerzos serían vanos, eternamente vanos. No podía imaginar una vida que no fuese mortal; y era este fin que él quería anticipar, el que él quería alcanzar. Y aunque se daba cuenta de lo absurdo de esa sospecha, con frecuencia le asaltaba el temor, y pasaba días angustiados, agobiados, tal y como estaba, por un pensamiento tan descorazonador y terrible.

En aquellos días, habiéndose enterado de que muchos asesinos pasaban la noche en los barrios más remotos de París, en los bulevares, en el bosque de Boulogne, en aquellos viejos y estrechos callejones que se encuentran en el lado occidental de la ciudad, se acercaba por allí todas las tardes y erraba durante horas sin ningún resultado. Volvía bien entrada la noche, cuando iba a amanecer, descorazonado, abatido y vencido por aquella ciega fatalidad que con tanta constancia velaba por su vida. Además de eso, tenía que esforzarse en ocultar su identidad: sus aventuras en Dover y en Amiens habían puesto a la policía sobre su pista. Y aunque no le había revelado a nadie quién era, bastaría un indicio, una sospecha, para que todo se supiese. Más que una publicidad deshonrosa, Rosen temía que se descubriera su secreto, la inutilidad de su sacrificio y las estrecheces domésticas de su mujer. Se había creado muchas

causas de dolor, mil motivos para estar apenado e inquieto, y comprendía que no lo podría remediar más que muriendo.

Había resuelto abandonar París cuando una tarde, entrando en una tasca tal y como solía hacer habitualmente en busca de aventura y tras sentarse de espaldas a un murete que atravesaba la estancia, vio a través de una grieta una mesa en la que había cuatro personas sentadas en un ángulo de la habitación. Estaban discutiendo en voz baja los detalles de un robo que se proponían llevar a cabo aquella misma noche. Pese a que hablaban muy bajo, no le fue difícil a Rosen, que estaba escuchando casualmente a través de la grieta, entender estas palabras:

–Os repito que el Teatro de la Ópera no acaba más que a medianoche. Es imposible que vuelva antes de esa hora.

–Pero, ¿estás seguro de que el señor Meustrier va todas las tardes?

–Todas las tardes.

–¡Bien! Creo que, de todos modos, debemos esperar hasta las once. Debes saber que en el segundo piso la señora Ronson no se acuesta antes de esa hora, y que suele parar en el rellano para regar sus macetas de basilisco. Padezco por ti, querido amigo, perdóname, pero eres tan despistado; me juego un ojo de la cara a que antes de que os hayáis ido y vuelto para seguir con el plan, habréis olvidado la calle, la casa, el número e incluso que el honorable señor Meustrier es médico, así como también el motivo de nuestra visita.

–Vamos, me lo sé de memoria como si fuese una letanía: callejón de Chiusa, número 42, tercer piso, puerta a la izquierda, cuatro ventanas en el callejón, habitación del señor Meustrier, doctor. Más bien me preocupan otras cosas...

–Y son...

–Ya os lo he dicho. Me refiero a este tipo que nos espiaba en la Cantina del Halcón y que hasta un ciego notaría que es un inspector de policía. Temo que nos haya oído.

–No ves más que inspectores de policía. Pero ya es hora de que vayamos a por nuestras cosas... no olvidéis cómo hemos quedado... cuando den las once en aquella esquina.

–¿Y si...?

–¿Qué?

–¿Y si al subir o al bajar, nos topamos con el señor Meustrier? ¿Y si nos lo encontramos en casa?

–En casa es imposible, no volvamos a cosas que ya están claras. Si nos lo encontramos en las escaleras sería otra cuestión... deberá bajarlas todas de golpe y de cabeza.

Rosen no quiso oír nada más, no faltaban más que algunos detalles para su plan. Salió precipitadamente de la taberna decidido a hacerse pasar por el señor Meustrier y apostarse en las escaleras del edificio. Lo más difícil era, por otro lado, encontrar la calle de Chiusa. No es sencillo encontrar un callejón en París con solo la simple indicación de su nombre, y Rosen temía ponerse en evidencia preguntando a algún viandante. No eran todavía más que las nueve, así que aún le faltaban dos horas para hacer la búsqueda: tenía razones para esperar salir airoso. Desde el primer momento en que había oído a los ladrones hacer referencia a aquel sitio, había supuesto que no estaría muy lejos de aquel barrio, puesto que no se habrían reunido en un lugar en la otra punta de la ciudad. Bastaría, en principio, recorrer una a una todas aquellas calles e ir leyendo los nombres de las bocacalles transversales. Si después de todo, esto fuese en vano, le preguntaría directamente a alguien. Aun a malas, no habiendo encontrando a nadie que se lo indicase, siempre podría parar un carruaje y que le llevase como si fuese su propia casa.

Una vez concebido este plan, Rosen se dispuso de buen grado a hacer sus pesquisas. Pero era inútil; el tiempo volaba a una velocidad espantosa y Rosen no tenía más suerte de la que había tenido días antes. A cada poco miraba con inquietud su reloj y veía las manecillas apresurarse acercándose a la hora fatal sin que tuviese ni un solo indicio de aquella calle. Eran ya las diez y media, faltaba media hora según lo previsto... Resolvió entonces preguntarle a algunas personas que le inspiraran confianza, pero ninguna de ellas supo indicárselo. Se atrevió a interpelar a un policía, el cual lo miró de arriba a abajo como si fuese sospechoso, pero tampoco este sabía más que los anteriores. Entretanto, ya habían dado las once. Rosen estaba en ascuas; se dio cuenta de que haría falta intentar un remedio extremo y, abriendo la puerta de un carruaje, se lanzó dentro como una persona desesperada gritándole al cochero al oído: «calle Chiusa, número 42, rápido».

El cochero, tras pararse un segundo como si quisiese dar un repaso a todos sus conocimientos topográficos, hizo restallar la fusta y enfiló el caballo en una dirección opuesta a la que había venido Rosen. Estuvieron en marcha durante más de media hora. Rosen estaba al borde de la desolación. Faltaban pocos minutos para la medianoche y ya había decidido renunciar a aquel intento y hacerse llevar de vuelta con Lamperth, cuando vio que la carroza giraba en una pequeña calle y que, en cuanto pasó la esquina, se paraba. Bajó de ella, miró hacia lo alto y vio el número 42 iluminado por una farola de la calle que parecía decirle: ¡esta es la casa, vamos! Pagó espléndidamente al cochero y, reuniendo todo el valor que tenía, entró en el patio y comenzó a subir con prisas las escaleras. Había apenas llegado al tercer piso cuando le pareció escuchar ruidos que venían del apartamento del señor Meustrier. Acercándose a la puerta, se dio cuenta de que los postigos estaban abiertos y que un hilo de luz iluminaba el interior.

No había duda, los ladrones aún no habían salido. Ahora hacía falta ser audaz, hacer bien el papel del señor Meustrier, entrar, increparles y dejarse degollar por ellos como un cordero. Pero Rosen no tenía aún su mano en el pomo cuando oyó una voz masculina que preguntaba desde dentro:

—¿Quién va por ahí?

—Yo —dijo Rosen abriendo de par en par la puerta y precipitándose en la habitación—, yo, el doctor Meustrier. ¿Quién ha entrado en mi casa?

—Honorable doctor —respondió una persona en la que Rosen pudo reconocer de inmediato a un gendarme—, los hemos pillado *in fraganti*.

Y abriendo la puerta de la segunda habitación anunció en voz alta:

—El señor Meustrier acaba de llegar en este preciso momento.

Rosen miró hacia dentro y vio una ingente cantidad de gendarmes ocupados en maniatar a los cuatro personajillos que había conocido en la taberna. El inspector de policía, apenas lo vio, se le acercó con aire de satisfacción y, quitándose respetuosamente el sombrero, le dijo:

—Querido señor Meustrier, tendrá que disculparnos por haber irrumpido en su casa, pero la justicia impone decisiones súbitas a las que no podemos renunciar... Por otra parte, hemos recuperado cuarenta mil francos de depósito que usted cobró esta mañana y que estos caballeros ya se habían metido en sus sacas. Ha sido una acción muy honorable por parte de la policía de París. No lo digo simplemente para vanagloriarme, pero... bueno, todo el mérito se debe a nuestro agente, el señor Chaperron, que ha sabido descubrir el complot en la Cantina del Halcón, donde estos señores se habían juntado para concertar su plan. He intentado buscarle, pero no me ha sido posible encontrarle. He escuchado en ese momento su carruaje y me he dicho a mí mismo: el señor Meustrier está aquí, se va a quedar de piedra cuando en-

cuentre tanta gente en su casa. ¿¡Cómo si no!? Ahora haría falta que tuviera la bondad de acompañarnos a nuestra oficina del distrito para que redactemos el informe y le devolveremos el dinero robado en cuanto verifiquemos con exactitud la suma total.

–Les estoy muy agradecido –dijo Rosen notando cómo le caía un sudor frío por la frente–, les estoy muy agradecido por el cuidado que su benemérita autoridad ha puesto en la tutela de mis propiedades, pero me duele no poder darles más que una declaración verbal por mi parte. Por lo demás, señor inspector, considero un deber dar testimonio ante todos de su gran perspicacia y su enorme celo, dándolo a conocer en todos los periódicos para admiración y gratitud del país entero.

El inspector se inclinó hasta casi tocar el suelo, momento que Rosen aprovechó para guíñarles un ojo a los cuatro estupefactos arrestados como queriendo decirles: «no temáis, no me traicionéis, yo no soy el señor Meustrier. Sé bien que no me conocéis, pero soy uno de los vuestros... uno que sabrá liberaros con tal de que tengáis un poco de cabeza».

Y dijo:

–Señor inspector, estoy a sus órdenes, vayamos.

Y se fueron todos a comisaría.

Una vez allí, Rosen, que sentía cómo se le iba erizando el cabello, tuvo que pasar por un largo interrogatorio, deletrear su nombre, su profesión y la proveniencia del dinero robado. Después de firmar el auto donde constaban los hechos y de que se le devolviesen los cuarenta mil francos que le habían sido robados al señor Meustrier, el inspector general le dijo:

–Señor doctor, ya puede retirarse. Pero es necesario que vuelva mañana a comisaría para presenciar el interrogatorio a los acusados.

Y Rosen, metiéndose como podía el dinero en el bolsillo y yéndose escaleras abajo más ligero que un pajarillo silvestre, se metió en una carruaje de alquiler e hizo que le llevaran donde estaba Lamperth, a quien le dijo de inmediato:

–Me marcho ahora mismo a Melun. Me he visto obligado a robar cuarenta mil francos y no podría quedarme ni una hora más en París. Reúnase conmigo mañana en esa ciudad, donde espero darle cumplida cuenta de esta apropiación.

–Está bien, nos veremos mañana en Melun –respondió Lamperth con frialdad.

*

En cualquier caso, aquellos pequeños ahorros del señor Meustrier no le habían llegado en mal momento a Rosen. De hecho, había estado a punto de quedarse sin un cuarto y, por otra parte, consideraba aquel regalo de la fortuna como una especie de compensación por las sumas que Lachard y Tricotèt le habían sustraído antes de llegar a París. De lo que sí se lamentaba era no tanto por el retraso que aquellas mil fatalidades interponían en la consecución de su objetivo, sino ese no se sabe qué de obstinado e irrisorio con que las mismas fatalidades intentaban poner freno a su determinación. Sin embargo, en cuanto llegó a Melun, se dio cuenta de que una nueva serie de aventuras le esperaban en aquella ciudad. El Sena, enormemente crecido tras las lluvias constantes de aquel día, se había salido de su cauce y había anegado gran parte de aquella campiña. Muchas casas de campesinos se habían quedado medio sepultadas entre sus aguas sin que las familias que las habitaban hubiesen tenido tiempo de salir. No pocas de estas personas andaban escasas de provisiones o se enfrentaban a otros peligros dentro de sus casas mismas, pues estas, socavados sus cimientos por la fuerza del río, estaban a punto de venirse abajo. Cada día se contaban numerosas víctimas, entre los que la mayoría eran los valientes que se habían lanzado en su ayuda.

Rosen se había enterado de estas noticias en cuanto salió de París, y cuando llegó junto a Melun, corrió a la orilla del río para verlo por sí mismo y confortarse con la certeza de esta oportunidad.

Toda la extensión de la campiña así anegada presentaba para él un espectáculo inmejorable. Por la parte de Corbeil, el ojo no alcanzaba a distinguir el límite de la inundación. En efecto, el horizonte acababa en una línea confusa y blanquecina, y, como si fuera un paisaje marino, el vaivén de las olas presentaba aquí y allá crestas de una blancura deslumbrante sobre un fondo oscuro y verdoso. Por el lado opuesto, por la calle Fontainebleau, donde las aguas se habían parado ante un declive, el río ofrecía el aspecto de una serpiente gigantesca que estuviese a punto de salir del río. Por todas partes sobresalían las casas, unas descubiertas en parte, otras sumergidas hasta los tejados, de los que tan solo emergían las chimeneas como si de la arboladura de una nave naufragada se tratara. Los árboles, movidos por la corriente, contoneaban sus troncos. Muchas de ellos habían sido desenraizados y eran arrastrados intempestivamente por las olas. En algunos puntos el río se presentaba límpido y calmo, en otros, discurría con un ruido terrible y se escurría por hondas depresiones que, llenas, descargaban el agua en otras zonas más bajas. Muchos otros detalles completaban la tremenda escena de este cuadro.

Rosen disfrutaba en lo más profundo de su corazón contemplando todo aquello. ¿Cuántos peligros no podría correr mañana y cuántas excusas tendría para poder enfrentarse peligrosamente a ellos? ¡Qué fácil debía ser morir en aquel lugar...! Una barca volcada, una orilla que se desmorona, una casa que se viene abajo por el agua, un naufrago que pide ayuda... No, era imposible que esta vez Rosen no lograra su propósito.

Entró en la ciudad cuando ya era noche cerrada después de pasar algunas horas recreándose en aquella visión. Se tumbó en la cama fantaseando y tuvo sueños llenos de placenteras visiones. Imaginó que, lanzándose al Sena, las olas lo atrapaban y lo engullían sin que él o ningún otro tuvieran tiempo de oponer la mínima resistencia; las aguas se cerraban sobre él, notaba que se sumergía y sumergía, bajaba y bajaba continuamente sin poder tocar el fondo, la corriente se lo llevaba con ímpetu y le hacía girar sobre sí mismo como una hoja arrastrada por el viento. En aquel lento sumergirse, Rosen sentía una extraña sensación de placer, soñaba que divisaba el fondo totalmente cubierto de musgo y de conchas y que, en cuanto lo tocaba, se decía a sí mismo con tranquila resignación: «¡estoy muerto, finalmente estoy muerto!». En ese instante una miríada de pececillos y pequeños monstruos marinos se precipitaban sobre él para devorarlo.

Aquella visión Rosen le asustó y se despertó.

—¡Alabado sea el cielo! —se dijo—. Este sueño ha sido una premonición. Vayamos... — y vistiéndose a toda prisa se fue hacia el río.

Nada más llegar al Sena le alegró saber que se había constituido entre algunos filántropos de Melun una especie de cuadrilla solidaria para ayudar a las personas que se encontraban encerradas en sus casas anegadas. Rosen pidió enseguida formar parte de ella y lo consiguió. Desde hacía tiempo gozaba en su país de una notable fama de hábil nadador, y pensó con placer que antes de morir podría prestar realmente algún servicio a aquellos desventurados. En el fondo, no era malo; con frecuencia un cierto instinto de humanidad le había llevado a sacrificar su propio bienestar por el bienestar ajeno, como había hecho en el incendio de Montdidier.

Rosen pidió que se le diese una barca con la que poder transportar algunas provisiones a las granjas que carecían de ellas o intentar, al menos, salvar a los habitantes de aquellas casas que amenazaban con venirse abajo.

Durante dos días fue un prodigio de actividad y de fortuna, y prestó una ayuda inmensa a las víctimas de las inundaciones. Toda Melun hablaba de él y de su coraje, el nombre de Rosen (pues finalmente se supo) estaba en boca de todos. Pero al tercer día, cuando se encontraba ya prostrado por tantas fatigas e impaciente por morir y había resuelto intentar algo decisivo, sucedió que, guiando una barca en la que transportaba a la orilla a dos chicas que había recogido de encima de un pequeño promontorio de tierra rodeado de agua, esta chocó contra un árbol que descendía arrastrado por la corriente y empezó a irse pique. En el momento en que Rosen comenzaba a sumergirse miró hacia la orilla y vio una multitud que asistía con gran tristeza a aquella tragedia. No pudiendo dudar de que su muerte no podía ser impedida y de que no se considerase, en ningún caso, un accidente, Rosen sintió en el fondo de su alma un extraño gozo y se dijo: «oh, finalmente»...

Pero aún no había acabado de pensar esto cuando sintió que le agarraba una de esas chicas que se habían sumergido con él, y que se aferraba a él con toda la desesperada tenacidad que nos da el instinto de supervivencia. El corazón de Rosen no era excesivamente piadoso, pero no pudo dejar de sentir compasión y, cogiéndola como mejor pudo con sus brazos y aferrándola con una mano por la cintura, comenzó a nadar hacia la orilla. «Bueno, eran dos, aún queda otra víctima que salvar», pensaba mientras luchaba desesperadamente contra las olas. «Nadie me podrá negar la excusa de tener que volver a lanzarme al río a por la otra.»

Y en paz con este pensamiento, siguió nadando hacia la orilla.

Llegó tan extenuado, tan fatigado, que apenas pudo captar los gritos y los aplausos de la multitud reunida junto a la orilla. Así es que en cuanto puso a la chica en tierra, fingiendo querer ir a salvar a la otra, volvió a zambullirse y empezó a nadar hacia el centro del Sena.

Entre tanto, algunas barcas se habían separado de la orilla para ir en su ayuda. Rosen las vio, y fuese por el cansancio o por el temor a que pudiesen ir en su propio socorro, se sintió aturdido, comenzó a perder de vista el horizonte, a dejar los brazos inertes en el agua y a dejarse arrastrar por la corriente mientras notaba que iba siendo devorado por las aguas. Dejándose abandonar por todas sus fuerzas y perdiendo toda consciencia de sí... por fin se acabó hundiendo.

Por desgracia para él, en aquel intervalo de tiempo dos barcas lo habían alcanzado y dos franceses se habían tirado al agua para salvarlo; aún no había tocado el lecho del río cuando uno de ellos lo aferró por la cintura, lo sacó fuera, lo cargó en la barca y lo condujo a la orilla. Todo esto sucedió en un instante, sin que Rosen, que se había desvanecido, pudiese darse cuenta.

Cuál fue su maravilla, pues, cuando al volver en sí se encontró en su habitación, en su cama. Junto a él vio a Lamperth sentado a su lado y, haciendo en un instante algo de memoria, pudo adivinar con desagrado todos los detalles de aquella aventura.

—¡Ah! Todavía estoy vivo, ¡todavía vivo!... —dijo paladeando con dolor esta palabra.

Estaba tan débil que un segundo después rompió a llorar y a sollozar como un niño, exclamando con la voz interrumpida por las lágrimas:

—¡No moriré nunca!... ¡No moriré nunca!...

En vano intentó Lamperth consolarlo. Su abatimiento era extremo.

—Me moriré de aflicción, me moriré de angustia —repetía Rosen a cada frase de su amigo.

Y el otro añadía:

–Morir de angustia sería un tipo de muerte que no daría lugar a duda, al menos de cara a la Sociedad Aseguradora.

Algunos días después, ya recuperado, le dijo a Lamperth:

–Vayámonos de aquí, no pararemos hasta que no hayamos llegado a Italia.

Estaban a punto de partir cuando una comisión del municipio de Melun entró en la habitación para llevar a Rosen una comunicación del ayuntamiento mediante la cual se le agradecía la ayuda prestada durante las inundaciones y se le ofrecía, como compensación por tanta abnegación, ser ciudadano honorífico de la ciudad.

Rosen quiso responder, pero sintió tal desdén contra su suerte y contra sí mismo, que notó como si la bilis le ahogara. No pudiendo reaccionar y superar sus emociones, cayó desvanecido en una silla.

–Todavía está débil –dijo un miembro de la comisión a Lamperth– y esta muestra de afecto y honor que ha querido rendirle nuestra ciudad ha debido sin duda conmoverlo profundamente.

–Así es –dijo Lamperth–. Debe ser por eso... lo ha conmovido profundamente.

*

Tras quince días de viaje, Rosen y Lamperth llegaron a Grenoble con la idea de pasar los Alpes por Briançure y de hacerlo a pie, como dos buenos ingleses. Rosen estaba abatido después de tantas desilusiones pasadas, pero, como suele pasar en todas las naturalezas imaginativas y fantasiosas, se conformaba fantaseando con nuevas ocasiones para su propósito. Le parecía que en Italia lo conseguiría. Es más, que lo lograría al primer intento. Había decidido no meterse más que en riesgos serios, en riesgos inútiles en los que ni su sensibilidad ni su conciencia le apartaran del objetivo inmediato de sus planes. Por lo demás, sentía dentro de sí cierto presagio consolador, el presagio de que de una vez por todas estaba cerca de su fin, de que algo solemne, algo decisivo, debía sucederle uno de aquellos días.

De hecho, se le habían presentado ya tres o cuatro ocasiones, pero había rehusado aprovecharlas, no prometiendo ningún éxito seguro. El caso es que, estando alojados en una pequeña villa a los pies de los Alpes y habiéndose enterado de que en un bosque vecino una gran cuadrilla de asesinos que cometían delitos escalofriantes estaban haciendo emboscadas a los caminantes, resolvió ir a su encuentro.

Hasta ahora no se había dado el caso de ningún viajero que hubiese caído en sus manos y que hubiese salido vivo del bosque, por mucho dinero que les hubiera dado y por muchas súplicas que les hubiese hecho a los bandidos. Era natural, pues, que Rosen, decidido a defenderse y a provocarles, pudiese esperar correr el mismo destino. Con todo, despidiéndose de Lamperth quien, seguro de la muerte de su amigo, lo abrazó con lágrimas en los ojos, eligió el pretexto de un paseo por el monte para adentrarse con coraje en lo más profundo del bosque.

Caminaba triste y apenado, contemplando los árboles que desplegaban sus ramas por encima de él como un gigantesco sombrero, recogiendo para distraerse algún madroño y satisfecho por sentir bajo sus pies esa sensación de suavidad y confort que da pisar esos montoncitos de hojas acumuladas durante tantos años en las montañas. Estaba apenado, es cierto, pero lo estaba por el temor a no toparse con los bandidos. Rosen se sentía ya tan irritado a causa de los desafortunados casos que había vivido y con su triste suerte, que habría bastado ese resentimiento, esa especie de amor propio que azuzaba con terquedad a ese proyecto suyo, para desear y afrontar cualquier tipo de muerte.

Aunque esta vez sus temores no fueron tan vanos como sus esperanzas. No había caminado más de media hora cuando escuchó un «¿quién vive?» pronunciado tan cerca de él y con una voz tan amenazante que Rosen, absorto en ese momento en otros pensamientos, se paró de golpe sin poder evitar que se le escapara un ligero grito de susto. En ese mismo instante, un hombre salió de detrás de un matorral y, apuntándole con su fusil, le dijo:

–Parad, o sois hombre muerto.

–¡Miserable! –dijo Rosen mientras que, fingiendo a su vez que le apuntaba, disparaba un tiro hacia el asesino.

La bala pasó silbando junto a él y el asesino, por su parte, disparó su fusil, pero también falló el tiro.

Rosen se golpeó la frente con el puño.

Ante el ruido de aquellos disparos, cien bandidos surgieron por todas partes y Rosen se vio en un segundo totalmente rodeado. Lleno de esperanza y de gozo, decidido a defenderse con uñas y dientes e incitarlos a que lo mataran, empuñó sus pistolas y, apuntando a los que tenía más cerca, disparó los tres tiros que le quedaban, intentando en todo momento no matar a nadie.

Los forajidos se quedaron tan impresionados por su coraje que ninguno de ellos hizo amago de detenerlo y, solamente cuando lo vieron abalanzarse, ya desarmado, contra el grupo más numeroso de su banda, se lanzaron contra él con los cuchillos en ristre.

Al ver todo aquello, el jefe de los bandidos les gritó que se pararan, fue al encuentro de Rosen, ordenó que no le tocasen ni un pelo y, cogiéndolo y atándolo por las manos, le dijo:

–¿Qué pretendéis? ¡Deteneos! Tenéis coraje, pero sois un insensato. ¿Creéis que podréis con todos nosotros?

–Yo no me detengo ante nada –dijo Rosen–, pelearía hasta con los dientes –continuó mientras trataba de desatarse una mano para darle un bofetón en la mejilla.

Su adversario le replicó con tranquilidad:

–Sois decididamente un hombre con coraje. Tranquilizaos, no tenéis nada que temer de nosotros; nosotros no matamos hombres de su temple. Matamos solo a los que se comportan como mujeres, a los que nos niegan su bolsa, a los que no quieren admitir el derecho que tenemos a arrebatarles sus bienes a los ricos y a quienes nos niegan la misión que nos hemos impuesto de mejorar la sociedad combatiendo la desigualdad de la riqueza. Vos sois un hombre extraordinario: es deplorable que malgastéis tan miserablemente vuestra vida en la corrupta ciudad... Aun así, todavía estáis a tiempo de rehabilitaros. Os ofrezco uno de los puestos más honrosos de mi banda... y espero que no lo rechazéis.

El jefe de los bandidos había aflojado sensiblemente el lazo de sus manos mientras pronunciaba estas palabras, pero Rosen, desalentado ante tanta adversidad, callaba.

Después de un instante de silencio, siguió diciendo:

–Vuestra fisonomía, vuestro coraje... ¿no seréis inglés?

–Sí –dijo Rosen viendo reavivar sus esperanzas.

–¡Oh!, permitid que os abrace. He gozado durante cuatro años la hospitalidad de vuestro país y he sentido siempre una irresistible simpatía por vuestra nación. Inglaterra es el refugio de todos los hombres libres. No hace falta ser descortés –dijo desatando las manos que momentos antes había atado–, aquí hay hombres que han admirado vuestro coraje y que saben que deben respetaros... Me alegra haber tenido este encuentro y quisiera demostraros de algún modo la gratitud que siento por vuestro país. El gobierno pontificio de Italia me ha ofre-

cido un puesto como cabecilla de un cuerpo de cuatrocientos hombres. Estoy dispuesto a ceder el mando de esta honesta cuadrilla. ¿Aceptáis?

–No –murmuró Rosen–, es imposible. Vínculos familiares... obligaciones... me duele sinceramente tener que rechazar una oferta tan honrosa... es más, debo despedirme. Me están esperando en el pueblo.

–Bien, bien –dijo el otro–, no hay problema. En todo caso, aceptad antes de partir una pequeña muestra de mi admiración por vos y de mi gratitud por vuestro país.

Diciendo esto, se sacó del dedo un anillo de gran valor y se lo puso a Rosen en la mano. Luego, devolviéndole sus pistolas, ordenó a dos de sus esbirros que lo acompañasen fuera del bosque a fin de defenderlo frente a cualquier otro grupo de bandoleros y lo abrazó con efusividad, mientras muchos de los bandidos iban a estrecharle la mano y a ofrecerle respetuosamente sus servicios.

*

Una vez en casa, Rosen se metió en la cama. Estaba enfermo, tenía fiebre. Lo que le había sucedido sobrepasaba cualquiera de sus previsiones más descorazonadoras. Había perdido ya el coraje de emprender otras vías y tenía que decidirse a volver a Inglaterra.

Diez días después estaba a punto de retomar su viaje cuando le llegó a sus oídos la noticia de un desastre acaecido ese mismo día justo en el camino que debía recorrer. Una carroza, cuyo caballo había perdido los frenos, se había precipitado en un abismo profundísimo que bordeaba el camino y que llamaba el Pico del Diablo. Nadie había sobrevivido.

Una última luz se encendió entonces en su cabeza. Alquiló una carroza, fue a visitar aquel inmenso abismo y se cercioró de que era imposible sobrevivir a aquella caída. Lo decidió en un instante y en un santiamén se puso manos a la obra: subió al carruaje, espoleó al caballo en una carrera desenfadada y se precipitó hacia lo más hondo de aquel pico. Para su desgracia, la carroza, descendiendo totalmente horizontal, acabó enredándose entre las lianas que crecían a los lados del abismo y se volteó apenas suspendida por las ramas cuando apenas quedaba un tercio de las rocas para llegar al fondo, con tal mala suerte que Rosen salió despedido fuera y fue a caer sobre el cuerpo del caballo que yacía muerto a su lado.

Socorrido por unos campesinos fue trasladado al hotel en el que había dejado a Lamperth. Desde el principio se le creyó muerto, pero algunas horas después de su caída recobró la conciencia. El cirujano constató que se había roto el fémur izquierdo y que había que amputarle la pierna en menos de cuatro horas, antes de que se extendiese la gangrena que, sin duda, lo acabaría matando.

Cuando Rosen, que estaba ya poco menos que muerto por la sorpresa de encontrarse vivo, oyó que se hablaba de gangrena pensó que, finalmente, todo había acabado, que todos sus esfuerzos habían sido recompensados, y, volviéndose al cirujano, le dijo:

–Podéis retiraros... nunca dejaré que me amputen... soy mi cobarde ante el dolor... prefiero morir.

–Pensadlo bien –le respondió este–, volveré a pasar en un par de horas. Estoy seguro de que habréis cambiado de opinión.

Una vez salió el doctor, Lamperth entró en la habitación en la que habían dejado solo a Rosen y, levantándose las gafas de la nariz con ese gesto que suele hacerse tan solo en las circunstancias más solemnes, puso un tono de voz distinto y le dijo:

–Señor Alfred Rosen, ha llegado el momento de definir nuestras posturas y que deje de representar un papel que me aflige aunque me vea obligado a ello. Quiero decir que debo ya

de dejar de representar una ficción que, en este punto, nos es ya totalmente inútil. Soy agente de la Sociedad Aseguradora. Cuando usted vino a hacer su seguro en favor de su mujer, nuestra sociedad ignoraba su situación financiera y las graves pérdidas en el juego que había tenido la noche anterior. Se sospechó algo que luego resultó cierto, es decir, que usted quería engañar a la sociedad con una muerte voluntaria. Yo fui el encargado de seguirle y de procurarme las pruebas que certificarían esa decisión suya. Esta es la carta que usted me encargó enviar a la señora baronesa, su mujer, en la que declara querer morir voluntariamente con el fin de darle derecho a una paga vitalicia. Aunque usted falleciese, esta carta, que las obligaciones contraídas en mi cargo me obligan a entregar a la sociedad, le privarían a la señora Rosen de cualquier tipo de compensación. Entienda ahora que no le queda una vía más honorable y más necesaria que la de someterse a esta amputación e intentar vivir para cumplir unos inalienables deberes, como hombre y como marido que, hasta el momento, ha completamente desatendido. Por lo que a mí respecta, no he hecho más que obedecer las exigencias de mi puesto.

Rosen se quedó un buen rato sin responder. Tan grande era el dolor, como el desdén y la sorpresa. Le habían dejado mudo y helado. Cuando estuvo en disposición de pronunciar algunas palabras, dijo:

–¡Oh, Lamperth! Me has hundido... ¡Un golpe así en este momento!... ¡Una revelación de este tipo justo en el preciso instante en que estaba a punto de alcanzar mi felicidad!... ¡Ah, tiene un corazón de tigre, Lamperth!... Fingir de este modo... Dar al traste con todo en este momento... ¡sin una pierna!... Pero nos veremos las caras en un duelo, le aseguro que nos batiremos en duelo: le pediré cuentas por esta indigna farsa.

–Es inútil, no tendrá más que una pierna.

–Nos batiremos con dos pistolas, sentados.

–Bueno, bueno –dijo Lamperth volviéndose a colocar las gafas–. Soy padre de familia, tengo siete hijos y pienso en mi vida y en mis obligaciones. Usted ha malgastado una fortuna, ha llevado una conducta reprobable, ha intentado engañar a una sociedad de honestos especuladores, lo ha intentado a costa de la vida de los demás... debería avergonzarse. Lo cierto es que siento en este momento toda la superioridad del mundo frente a usted.. No me obligue a abusar de nuestra diferencia de estado.

–Tiene razón –exclamó Rosen llorando como un niño–. ¡Oh!, tiene razón. Usted es algo que yo no seré nunca, un hombre honesto... Demasiado tarde veo el mal que he hecho.

–No, no, no es demasiado tarde –siguió Lamperth con tono afectuoso y, volviéndose a quitar las gafas y estrechando las manos del enfermo–, aquí tiene, le devuelvo la carta que le acusa frente a la Sociedad Aseguradora. Se recuperará, me lo ha asegurado el cirujano. Y yo le proporcionaré un puesto elevadísimo en esta misma sociedad que ha intentado engañar. Todavía puede ser feliz, aún lo puede conseguir.

Dos meses después, con una pierna amputada aunque totalmente recuperado, Rosen volvió a Inglaterra, donde Lamperth, que le había precedido, había mantenido su palabra.

La naturaleza, que hasta la fecha le había negado incluso la alegría de la paternidad, le dio entonces dos hijos. Lamperth se convirtió en su subordinado y, al mismo tiempo, en su amigo. Nada volvió a turbar más su vida.

Alfred Rosen es ahora el más ejemplar de entre todos los padres y maridos.

Traducción de Juan Pérez Andrés